TEATRO ANTIGUO Y MODERNO



E. IBSEN

HEDDA GABLER

DRAMA EN CUATRO ACTOS

Costa

UNA PESETA

2

HEDDA GABLER

Tirada especial de 50 ejemplares numerados, en papel de hilo, á . . . . . Ptas. 3'50 ejemplar.

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO = Vol. II.

E. IBSEN

HEDDA GABLER

DRAMA EN CUATRO ACTOS

VERSIÓN ESPAÑOLA

DE

C. COSTA Y J. M. JORDÁ



LIBRERIA DE ANTONIO LÓPEZ, EDITOR.-RAMBLA DEL CENTRO, 20.—BARCELONA: : : : : : : : 1903.

Imp. F. Badia, Dr. Dou, 14

PERSONAJES

JORJE TESMAN.

HEDDA GABLER—su mujer.

JULIA TESMAN—tia de Jorje.

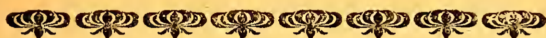
THEA ELVSTED.

ALBERTO LOEVBORG.

EL ASESOR BRACK.

BERTA.

Epoca actual. La escena en la casa de Tesman, situada al Oeste de la ciudad.



ACTO PRIMERO

Un salón amueblado con gusto y con cierta elegancia austera por el abuso de los tonos oscuros. En el fondo una ancha puerta con cortinajes recogidos por entre los que se vé otra salita interior. A la derecha, puerta que conduce al recibimiento. A la izquierda, en el mismo plano, una puerta vidriera. A través de los cristales se vé una terraza y más lejos macizos de árboles descoloridos por el otoño. En el centro del salón mesa oval cubierta por un tapete y rodeada de sillas. En el primer término á la derecha una chimenea de faïence ó mármol oscuro; un sillón de ancho respaldo, un almohadón para los piés y dos taburetes. A la izquierda, también en primer término, á poca distancia de la pared, un sofá. En el fondo. cerca de la puerta vidriera un piano. A derecha é izquierda de la puerta del fondo, estantes cargados de chucherías de tierra cocida y porcelana.

En la segunda salita que se percibe en el fondo, un sofá pegado á la pared del fondo. Delante de él una mesa y sillas Encima del sofá un retrato, representando á un caballero con uniforme de general.

En el salón ramos de flores en jarrones unos y otros colocados al azar encima de la mesa.

Las dos salas alfombradas. Entra el sol por la puerta vidriera.

ESCENA PRIMERA

JULIA y BERTA

(Julia Tesman en traje de calle y con la sombrilla en la mano, entra por la puerta del recibimiento seguida de Berta que trae un ramo de flores en un gran cucurucho de papel. Julia es una señora de sesenta años, soltera, de aspecto agradable y bondadoso. Lleva un traje gris, sencillo, pero bien hecho. Berta es una criada de cincuenta años. Su exterior acusa á la mujer de aldea que sirve en la ciudad.)

JULIA —(*Se detiene delante de la puerta y después de escuchar un instante dice á media voz.*) Parece que no se han levantado todavía.

BERTA.—(*En el mismo tono.*) Ya se lo decía yo, señorita. Llegó anoche tan tarde el vapor. Y luego ¡si usted supiera cómo la señora anduvo revolviéndolo todo antes de acostarse!

JULIA.—Dejémosles que duerman, los pobres. (*Se dirige hacia la puerta vidriera y la abre de par en par.*) ¡Así! Que se oree el salón y respiren al levantarse el aire de la mañana.

BERTA.—(*Embarazada con el ramo sin saber donde colocarlo.*) ¿Le parece á usted que lo deje aquí, señorita? (*Colocándolo encima el piano.*)

JULIA.—Si... Y bien, Berta. Hete aquí ya con tus nuevos amos. Te juro que he sentido de veras separarme de tí.

BERTA.—(*Con emoción*) Y yo, señorita! Créalo usted. Después de tantos años de comer el pan en la casa de usted y de su hermana...

JULIA.—Qué le vamos á hacer: no podía ser de otro modo. Es necesario que tu estés cerca de Jorge; en su casa. Desde niño está el pobre acostumbrado á tus cuidados.

BERTA.—Si, es verdad. Pero si supiera la pena que tengo cuando pienso en su pobre hermana de usted, enferma, siempre encerrada en casa, incapaz para todo. Crea usted que la nueva muchacha no sabrá cuidar cómo se debe á la pobre señorita.

JULIA.—Oh! No temas, Berta, no temas. Mi hermana me tiene á mí á su lado y ahora podré cuidar más de ella.

BERTA.—Tiene usted razón. Pero no es eso solo. Es que temo además, que si no le convengo á la señora... (*Indicando la habitación interior.*)

JULIA.—Oh! Al principio quizás te costará acostumbrarte. .

BERTA —Es que me parece muy difícil de servir á la señora...

JULIA.—Claro que si. ¡La hija del general Gabler! Sus costumbres eran muy distintas de las nuestras cuando vivía con su padre. ¿Te acuerdas cuando la veíamos pasar á caballo con su sombrero de hombre con una pluma y su larga falda negra?

BERTA.—Ya lo creo que la recuerdo. ¡Quien habia de pensar entonces que se entenderían ella y el licenciado!

JULIA.—Nadie, por cierto. Pero, oye Berta, no

debes llamarle ya, á mi sobrino, el licenciado. Debes decir: el «señor Doctor!»

BERTA.—Eso mismo me dijo la señora apenas llegaron. De modo que es verdad, señorita?

JULIA.—Vaya! Figúrate, que ha tomado el título de doctor en el extranjero, mientras su viaje Yo no supe una palabra hasta que él me lo dijo anoche al saltar del vapor.

BERTA.—¡Si el señorito podrá llegar á ser lo que quiera! Claro, tan sabio como es! Pero no hubiera nunca dicho que quisiera meterse con todo el mundo.

JULIA.—No, tonta. Pero si no es doctor de esos. (*Con aire de importancia*) Además, podría ser que muy pronto tuvieras que darle otro título.

BERTA.—Pero, es verdad! ¿Y qué es ello, señorita Julia?

JULIA.—(*Sonriendo.*) Miren la curiosa!... (*Con emoción*). Dios mio! si el pobre Joaquín pudiese abrir los ojos y contemplar ahora á su hijo! (*Mirando alrededor*). Pero, que es esto? ¿Porqué has quitado las fundas de todos los muebles?

BERTA.—La señora lo mandó anoche. Dijo que no quería ni verlas y que las quitara enseguida...

JULIA.—¡Pero, no se pasarán todo el día en el salón!...

ESCENA II

JULIA, BERTA y TESMAN

(*Jorge Tesman entra por la puerta de la derecha de la salita del fondo Lleva en la mano un saco de viaje, abierto y vacío. Es un hombre de treinta y tres años; barba y cabello rubio. Usa lentes y viste con cierto descuido un traje de mañana.*)

JULIA.—Buenos días, Jorge, buenos días.

TESMAN.—(*Desde el dintel de la puerta.*) Oh, tia Julia' (*Corriendo hacia ella y con mucho cariño.*) Cómo! Tan de mañana! Mi querida tiita!...

JULIA.—Creiste que faltaría á daros los buenos dias.

TESMAN.—Si casi no habrás dormido esta noche...

JULIA —Oh!. Qué importa eso?

TESMAN.—Anoche era muy tarde y te fuiste sola á casa.

JULIA.—El asesor fué tan amable que me acompañó hasta la puerta.

TESMAN.—Yo sentí mucho que no pudieses venir en el coche con nosotros. Pero ya viste. Hedda llevaba tal montón de paquetes...

JULIA.—Si, si, Jorge ..

BERTA.—(*A Tesman.*) ¿Voy á ver si á la señora se le ofrece algo?

TESMAN.—No, Berta, gracias. Ha dicho que llamaría si te necesitaba.

BERTA.—Bueno *(Retirándose.)*

TESMAN.—Aguarda. Toma ese maletín y llévalo.

BERTA.—*(Sale con el saco de mano).*

TESMAN.—Figúrate, tiíta, que ese maletín estaba lleno de notas y de apuntes. No puedes imaginarte las preciosidades que he encontrado revolviendo los archivos. He traído apuntes de documentos completamen'e ignorados hasta ahora.

JULIA—Lo creo, Jorge. ¿No has perdido el tiempo durante el viaje, ¡eh?

TESMAN—No; y estoy orgulloso de ello .. Pero ¿porque no te quitas el sombrero? *(Cariñoso).* Yo te ayudaré. *(Deshaciendo las cintas que lo sujetan),*

JULIA.—No es torpe mi señor sobrino ....

TESMAN.—*(El sombrero entre las manos, contemplándolo)* Caramba. ¡Qué sombrero! ¿Te has puesto elegante para venir á vernos?

JULIA.—Lo he comprado por Hedda.

TESMAN—¿Por Hedda?

JULIA.—Sí. No quiero que Hedda se avergüence de mí cuando salgamos juntas.

TESMAN.—*(Acariciándola).* En todo piensa mi buena tia. *(Deja el sombrero encima de una silla cerca de la mesa).* Y dí..... Ven acá, siéntate aquí en el sofá y charlemos en tanto que viene Hedda. *(Se sientan. Julia deja la sombrilla en un ángulo del sofá).*

JULIA.—Si supieras lo contenta que estoy de

que estés ya de vuelta. De verte de nuevo... (*Tocándole la cara con mucho cariño*). Mi Jorge, el niño mimado del pobre Joaquín.

TESMAN.—Y yo, ¿crees que no estoy contento de verte de nuevo, á tí, á mi tía, que ha sido como mi madre?

JULIA.—Si, sí, ya sé que eres bueno y que nunca olvidarás á tus tías viejas.

TESMAN.—¿Y tia Rina no está mejor?

JULIA.—No, la pobre! En cama siempre y sin poder abrigar esperanza ninguna... ¡Quiera Dios, por lo menos, que pueda cuidarla mucho tiempo...

TESMAN —Pobre tía Rina!...

JULIA.—(*Pausa*). Sabes que no sé acostumbrarme á verte y pensar que te has casado?... ¡Que eres tú quien ha conquistado á la encantadora Hedda.. A ella, rodeada siempre de rendidos adoradores.

TESMAN.—(*Sonriendo con satisfacción*) Si. He creído notar también que muchos de mis amigos me tienen así... cierta envidia ¿eh?

JULIA.—¡Y ese largo viaje de boda!... Más de cinco... cerca de seis meses. .

TESMAN.—Si. Pero es que ha sido al mismo tiempo para mi un viaje de estudio. Si tu supieras los archivos que he consultado...

JULIA.—Cuenta, cuenta algo de vuestro viaje...

TESMAN.—Si cuanto pudiera decirte lo sabes ya por mis cartas... Mi promoción á doctor... Te lo dije ya ayer...

JULIA.—No, no quiero decir eso... Veamos, dí... ¿No tienes ninguna esperanza? ..

TESMAN.—¿Esperanza?

JULIA.—Si, hombre... Conmigo no has de andarte con remilgos...

TESMAN.—Ciertamente, si, espero...

JULIA. —¿Sí?

TESMAN.—Si. Espero que uno de estos días me nombrarán profesor del Instituto...

JULIA.—Si, ya creíamos todos eso...

TESMAN.—Es que ahora puedo ya decir que tengo casi la seguridad de mi nombramiento ..

JULIA.—(*Sonriendo*). Bueno, si, vaya..... Y dí, apropósito del viaje... Habrás gastado mucho dinero, Jorge?

TESMAN.—Si, mucho. Buena parte de los gastos han salido del subsidio que me han dado.

JULIA.—¡Pero, no habrá bastado para todo!... Un viaje tan largo y con una señorona como Hedda. Debe costar un dineral.

TESMAN —Naturalmente. Pero, no podíamos dejar de emprender ese viaje. Era indispensable so pena de pasar por ridículos.

JULIA.—Si, es cierto. Hoy dia el viaje de boda es obligatorio entre la gente distinguida... y dí? ¿Que tal la nueva casa? ¿Te gusta?

TESMAN.—Puedes imaginarlo. Estoy contentísimo. Una sola cosa no me esplico bien ¿A qué viene haber amueblado los dos cuartos del fondo al lado de los dormitorios? No nos sirven absolutamente.

JULIA.—¿Y eso, qué importa? Ya se os harán indispensables con el tiempo.

TESMAN.—Quizás sí... Sí; cuando haya aumentado mi biblioteca, ¿eh?

JULIA.—*(Dándole un golpecito en la mejilla)*. Sí .. Sí... Jorge... (*sonriendo*). Eso es, eso quise decir...

TESMAN.—La casa es espléndida y estoy satisfechísimo. Sobre todo por Hedda. Tu ya sabes, desde antes de casarnos decía que no quería otra casa que la *villa* de la señora Falk.

JULIA.—Y ha sido una verdadera suerte que se pusiese en venta precisamente pocos días después de vuestra boda.

TESMAN.—Si; una verdadera suerte ¿verdad?

JULIA.— Pero que te costará algo cara..... comotodo este lujoso paramento de casa, Jorge.

TESMAN.—(*Mirándola algo turbado*). Sí, eso sí, es cierto. ¿Cuanto te parece aproximadamente?

JULIA.—Es imposible calcularlo sin tener todas las cuentas.

TESMAN.— Afortunadamente el asesor Brak ha logrado condiciones muy ventajosas para mí. El mismo se lo escribió á Hedda.

JULIA —Oh! No has de inquietarte por ello, Jorge. Y luego, en cuanto á los muebles y á lo demás ya me he encargado yo de dar la garantía...

TESMAN.—Tu, tía? Como te has arreglado, entonces?

JULIA.—Respondiendo con mi renta.

TESMAN —Tu renta?... Tu fortuna y la de tia Rina?...

JULIA —Si... No había otro medio más sencillo.

TESMAN.—Pero, tia. Esto es una locura. . Esa renta es cuanto tenéis para vivir tu y tía Rina...

JULIA.—*(Sonriendo)* ¡Qué locura!... Pero no seas tonto. que se trata sólo de una cuestión de forma. El mismo asesor Brack se encargó de arreglar la cosa. Es una pura formalidad, dijo...

TESMAN —Si, lo comprendo... Sin embargo...

JULIA.—Luego, que tú ahora y con tu carrera podrás ya subvenir á todo ¿Que importa que tengamos nosotras que ayudarte con algunos adelantos al principio? Tanto mejor y muy contentas que estamos con poder hacer por tí algún ligero sacrificio...

TESMAN —Oh, mi querida tía. ¡Qué buena eres!..

JULIA.—*(Levantándose y poniéndole las manos sobre los hombros* . ¿Y qué he de hacer sino eso por mi querido Jorge, que no ha tenido ni padre ni madre para cuidarle... Hemos pasado horas muy negras, eh? Pero gracias al cielo pasaron ya y todo se ha arreglado.

TESMAN.—Sí, es cierto... y parece extraño á veces que hayamos podido salir siempre adelante...

JULIA.—Y triunfantes!... A cuantos estaban contra ti, á cuantos se atravesaron en tu camino, les has visto al fin caídos y sin ningún poder. Y el mas peligroso de todos, más bajo que los demás, el infeliz...

TESMAN —Y de Alberto, ¿no has sabido nada durante nuestro viaje?..

JULIA.—He oído decir que ha publicado un nuevo libro.

TESMAN.—Como? ¿Alberto Loevborg? ¿Hace poco?

JULIA.—Si. Eso han dicho. No debe ser gran cosa... eh? Cuando tu publiques tu nueva obra ¿verdad?... De qué trata...

TESMAN.—Las industrias domésticas en el Brabante en la Edad media.

JULIA.—Es posible?

TESMAN.—Pero quizás tarde aun bastante tiempo en publicarla... Tengo que ordenar todavía un sin fin de manuscritos.

JULIA.—Oh! Sí, ordenar, coleccionar... ¡Como te reconozco en eso, Jorge!... ¡Como mi hermano Joaquín, tu pobre padre!...

TESMAN.—Y cree que tengo verdaderos deseos de empezar mis rabajos... aquí, en mi propia casa, tranquilo, rodeado de bienestar y de comodidades... y sobre todo al lado de lo más encantador del mundo, de Hedda *(mirando hacia la puerta)*. Mira! Héla aquí.

ESCENA III

JULIA, TESMAN y HEDDA

(Hedda aparece por la puerta de la izquierda de la salita del fondo. Es una mujer de 29 años, llena de nobleza y distinción Ojos fríos y calmos de un gris de acero. Cabellos castaños

de ligero tinte rojo, no muy espesos. Viste un holgado traje de mañana muy elegante.)

JULIA.—(*Yendo al encuentro de Hedda*). Buenos días, querida Hedda, buenos días...

HEDDA.—Buenos días, señorita Tesman. ¡Tan de mañana! Es V. muy amable.

JULIA.—(*Con cierto embarazo*). Se ha descansado bien en la nueva casa?

HEDDA.—Bien, gracias. Es decir: así, así...

TESMAN.—Dices por decir... Dormías como un tronco cuando yo me he levantado.

HEDDA.—Si, afortunadamente. ... Además, ya iré poco á poco acostumbrándome... (*mirando á la izquierda*). ¡Oh! ¿Pues no se le ha ocurrido á la muchacha abrir de par en par?

JULIA —(*Presurosa*). Oh! yo cerraré..... (*Cerrando*).

HEDDA.—No, así no... Tesman, ¿quieres correr sólo la cortina? Que entre la luz más ténue.

TESMAN —(*Haciéndolo*). Tienes razón, sí... Que pase luz y al propio tiempo aire.

HEDDA.—(*Con cierto aire sombrío y distraído*). Si, aire....... aire....... Pero, señorita Tesman, ¿no quiere V. sentarse?

JULIA.—No, gracias... Ya os he dado los buenos días y debo volver á casa. La pobre Rina estará ya impaciente...

TESMAN.—Abrázala de mi parte, tía, y dile que iré más tarde á verla.

JULIA.—Si, le darás una alegría. Pero, ahora que recuerdo. (*Buscando en sus bolsillos*). Te traigo una cosa.

TESMAN.—Qué es?

JULIA.—(*Sacando un paquete envuelto en un periódico y dándolo á Jorge*). Toma...

TESMAN.—(*Desenvolviéndolo*). Oh! Las has guardado? Hedda! Mira, mira...

HEDDA.—(*Desde el otro lado de la escena*). Qué quieres? qué es?

TESMAN.—Mis zapatillas... ¡Qué buena es tía Julia, verdad?

HEDDA.—Ah! ¡Tus queridas zapatillas!... Si; recuerdo cuanto las echabas de menos durante el viaje...

TESMAN.—Míralas, Hedda, quiero que las veas.

HEDDA.—No, déjame.

TESMAN.—Las bordó para mí tía Rina. Enferma como está la pobre! (*á Julia*) ¡Cuanto te agradezco que las hayas conservado!...

HEDDA.—(*Interrumpiendo*). Tesman! No vamos á poder con esa muchacha.

JULIA.—Con Berta?

TESMAN.—Qué quieres decir? Porqué?

HEDDA.—(*Señalando con el dedo*). Mira!... ¡No se le ha ocurrido dejar su sombrero viejo en una silla del salón!

TESMAN.—Por Dios, Hedda... sí...

HEDDA.—Figúrate, cualquiera que hubiese entrado...

TESMAN.—Pero Hedda... si es el sombrero de tía Julia...

HEDDA.—¡Oh! ¿De veras?

JULIA.—(*Cogiendo el sombrero*). Sí, Hedda...

es el mio... y no es viejo... (*mostrándolo*) al contrarío...

HEDDA.—Si, es verdad. No había reparado bien...

TESMAN.—Y es muy bonito, tía, muy hermoso.

JULIA.—Oh no, querido Jorge .. (*Mirando al rededor*). La sombrilla? Ah! allí está (*Recogiéndola*). También es mía .. y no de Berta...

TESMAN.—Qué elegante, tía Julia... ¿Verdad, Hedda?

HEDDA.—Oh, sí!...

TESMAN.—Y di tía, antes de marcharte, ¿qué te parece Hedda? Está mejor, eh? Más hermosa...

JULIA.—Oh, Hedda, me ha parecido muy hermosa siempre... (*Saludando y pasando hacia la puerta*).

TESMAN.—(*Siguiéndola*). Si, pero fíjate, ha engordado durante el viaje...

HEDDA.—(*Yendo hacia el fondo*). Tesman...

JULIA.—¿Crees tú que ha engordado?

TESMAN.—Sí, creeme... Yo te lo aseguro ..

HEDDA.—(*Con impaciencia*). Tú qué sabes... Estoy como estaba .. Igual absolutamente.

TESMAN.—Eso crees tú, pero .. ¿verdad, tía Julia?

JULIA.—(*Juntando las manos y mirando á Hedda*). ¡Oh! ¡Qué felicidad sería!. . (*Se acerca á Hedda y abrazándola la besa.*) Adios, hijos mios. . ¡Que Dios proteja á Hedda Tesman para la felicidad de Jorge!

HEDDA.—(*Desasiéndose dulcemente.*) Oh!...

JULIA.—Hasta mañana... Vendré todos los días á veros.

TESMAN.— *Muy cariñoso.*) Y que no quiero faltes uno solo, tia...

JULIA.—Adios... *(Sale por la puerta del recibimiento. Tesman la acompaña y se oyen las últimas palabras al despedirse. Al mismo tiempo Hedda pasea con agitación y levanta los brazos cerrando los puños con gesto de impaciencia. Luego se dirige á la puerta vidriera, descorre las cortinas y queda contemplando el jardín. Un instante después Tesman aparece de nuevo, cerrando la puerta trás de sí.)*

ESCENA IV

TESMAN y HEDDA

TESMAN.—¿Qué estás mirando, Hedda?

HEDDA.—Nada. Se secan ya las hojas...

TESMAN.—(*Recogiendo las zapatillas y envolviéndolas de nuevo.*) Si; el invierno se acerca. Oye, Hedda. ¿Tú crees que tía Julia se ha marchado incomodada? Me ha parecido que se despedía con cierto aire solemne...

HEDDA.—¿Qué quieres que yo sepa? Apenas la conozco.

TESMAN.—Está tan cariñosa siempre, que...

HEDDA.—(*Separándose de la vidriera.*) ¿Crees

tú que se ha enfadado por lo que he dicho de su sombrero?

Tesman —Oh, no... De momento si acaso.

Hedda.—Es que á nadie se le ocurre dejar el sombrero en medio del salón.

Tesman —No temas que lo haga otra vez, pobre tia.

Hedda.—En fin, si quieres ya procuraremos arreglarlo. Cuando vayas á su casa haz que venga esa tarde.

Tesman.—Sí, gracias, Hedda... Oye otra cosa que le causaría la mayor alegria si tú quisieras hacerlo.

Hedda.—¿Qué es ello?

Tesman.—Que pudieses acostumbrarte á tutearla... Házlo por mí, Hedda.

Hedda.—No, eso no. Ya te lo dije. Veré de acostumbrarme á llamarla tía, pero no exijas más.

Tesman.—No, no. Como quieras... pero siendo de la familia...

Hedda.—Es que no sé todavia... (*Se dirige hacia el fondo.*)

Tesman.—(*Solícito.*) ¿Quieres algo?...

Hedda.—No. Miraba mi antiguo piano. No pega en este salón.

Tesman.—Cuando reciba la primera paga lo cambiaremos por otro.

Hedda.—No, no quiero cambiarlo. Lo que haremos será trasladarlo á la salita y cuando tengamos ocasión comprar otro.

Tesman. — (*Con cierto embarazo.*) Como tú quieras...

HEDDA.—*(Cogiendo el ramo de encima el piano)* Este ramo no estaba aquí anoche.

TESMAN.—Lo habrá traído tía Julia.

HEDDA.—*(Leyendo la tarjeta.)* Lleva una tarjeta de visita. *(Leyendo.)* «Volveré más tarde». *(A Tesman.)* Adivinas de quien es?

TESMAN.—Qué sé yo. ¿Quién?

HEDDA.—Mira. «Thea Elvsted».

TESMAN.—Es posible! La señora Elvsted? Antes la señorita Rysing?

HEDDA.—Sin duda. La niña de la espléndida cabellera rubia, encanto de cuantos la conocían... Una antigua pasión tuya, según me han contado.

TESMAN.—Oh! No duró mucho tiempo. Además, no te conocia entonces, Hedda... Pero, ¿sabes que es raro que se encuentre aquí?

HEDDA.—Más raro me parece que venga á visitarnos. Yo la conozco sólo del pensionado.

TESMAN.—Yo no la he visto hace la mar de tiempo... Desde que vive en aquel villorrio tan apartado.

HEDDA.—*(Después de reflexionar un instante y de pronto.)* Di. Tesman. ¿No es por allá donde se fué á vivir Alberto Loevborg?

TESMAN.—Si, creo que sí. *(Entra Berta por la puerta del recibimiento.)*

BERTA.—Está aquí la señora que vino antes y que trajo esas flores. *(Señalándolas.)*

HEDDA.—Ah! Está aquí? Hágala entrar!

ESCENA V

HEDDA, TESMAN y THEA

(Berta abre la puerta. Entra Thea Elvsted y Berta se retira. Thea es una mujer joven, delicada, de grandes ojos azules y espléndida cabellera de un rubio pálido. Su mirada es tímidamente interrogadora é inquieta. Viste con muy buen gusto y simplicidad, sin exajerada elegancia.)

HEDDA.—*(Saliéndole al encuentro con mucha amabilidad.)* Oh! Querida señora Elvsted. ¡Que alegría, después de tantos años!

THEA.—*(Con timidez.)* Si, ciertamente...

TESMAN —Tanto tiempo sin haber sabido de usted...

HEDDA.—Un millón de gracias por las flores...

THEA.—Ayer quería venir á visitarles, pero supe que estaban de viaje.

TESMAN.—Llegó usted hace pocos días, eh?

THEA —Ayer mismo. A mediodía .. Sentí un verdadero disgusto al saber que estaban us edes ausentes...

HEDDA —¿Un disgusto? ¿Le ha ocurrido á usted algo?

THEA.—Sí .. Y no conozco á nadie más que á ustedes á quienes poder dirigirme.

HEDDA.—Pero, siéntese usted.

THEA —Oh, gracias. Estoy tan impaciente...

TESMAN.—Pero, diga usted ¿que le ha sucedido? *(Hedda obliga á Thea á sentarse.)*

HEDDA.—¿Es algo que le ha pasado á usted, allá en su casa?

THEA.—Si... es decir, no. Oh! No sé como esplicarme .

HEDDA.—Por Dios, señora. Hable usted con entera franqueza...

THEA.—(*Resuelta.*) Si, es mejor .. En primer lugar ¿saben ustedes que Alber o Loevborg se halla aquí también?

HEDDA.—¿Alberto Loevborg ha llegado?

THEA.—Si, hace ocho días que debe hallarse aquí... Oh! ¡Es horribel Ocho días solo, expuesto á todos los peligros de la gran ciudad...

HEDDA.—Pero, querida Señora Elvsted ¿tanto le interesa á V. su conducta?

THEA —*(Vivamente, ruborizándose)*. Es el preceptor de los niños.

HEDDA —¿De sus hijos de V?

THEA.– No .. Yo no tengo hijos...

HEDDA.—Ah! Ya! De los de su marido de usted.

THEA.—Justamente.

TESMAN.—Según eso, Alberto habrá cambiado de tal modo que se ha hecho digno de que se le confíe semejante cargo ..

THEA.—En estos últimos años la conducta de Alberto Loevborg ha sido intachable...

TESMAN. - Ya ves, Hedda...

THEA.—Nada podía echársele en cara. Había cambiado por completo. De ahí mi temor por él, sabiendo que se halla de nuevo aquí y disponiendo de mucho dinero.

Tesman. — Pero ¿porque no ha continuado en su casa de ustedes?

Thea —Desde la aparición de su último libro no estaba tranquilo entre nosotros...

Tesman.—Si, es verdad que ha dicho tía Julia que Alberto había publicado un nuevo libro.

Thea.—Una hermosa obra acerca de la marcha general de la civilización Hace apenas quince días que salió y ha causado gran sensación.

Tesman.—De veras? Será alguna obra que escribiría en sus buenos tiempos...

Thea.—¿Hace algunos años, querrá usted decir?

Tesman.—Sí.

Thea.— Todo lo contrario. La escribió en nuestra casa, durante el año último.

Tesman.—Así no hay duda que se ha regenerado por completo. ¿Verdad, Hedda?

Hedda.—(*A Thea*). ¿Y le ha encontrado usted ya?

Thea.—No todavía. Hasta esta mañana no he sabido su dirección.

Hedda.—(*Mirándola fijamente*). Es raro que su marido de usted...

Thea.—(*Ruborizándose*). Mi marido... ¿qué quiere usted decir?

Hedda.—Es raro digo que le haya encargado á usted un asunto semejante. . Podía haber venido él en persona.

Thea.—Estaba ocupadísimo... y además yo debía venir también por algunos encargos.

HEDDA.—(*Sonriendo*). Oh! en tal caso...

THEA.—(*Levantándose resuelta*). Pues bien, señor Tesman. Tengo que pedirle á usted un favor. . Que reciba usted bien á Alberto si viene á esta casa .. de seguro que vendrá, ha sido usted su mejor amigo y se dedica usted al mismo género de estudios que él...

TESMAN.—Oh! sí... ciertamente...

THEA.—Yo le ruego además que le proteja usted .. que vele usted por él ..

TESMAN.—No lo dude usted, señorita Rysing.

HEDDA.—(*Corrigiéndole*) Elvsted!

TESMAN.—Yo le prometo á usted hacer cuanto pueda por Alberto. Esté usted segura de ello.

THEA.—Muchas gracias, señor Tesman (*le dá la mano*).

HEDDA —(*Levantándose*) Debieras escribirle, Tesman. Así, si no viniese espontaneamente. .

TESMAN.—Calla. Tienes razón. Si, le escribiré.

HEDDA.—Si. Escribe lo más pronto posible... Ahora mismo es mejor.

THEA —(*Suplicando*). Oh, sí, señor Tesman.

TESMAN.—Sí, sí enseguida. ¿Tiene usted la dirección de su casa, señora Elvsted?

THEA.—(*Dándole un papel*). Si. Aquí está. Tome usted.

TESMAN —Perfectamente. Pues voy enseguida. (*Mirando alrededor*). Ah! es verdad.. las zapatillas... (*Coge las zapatillas y se dirige hacia la puerta*).

HEDDA.—Puedes escribirle una carta cariñosa .. y bastante larga...

TESMAN.—Sí, si... ya lo creo...

THEA.—Le ruego no le hable usted de mis recomendaciones en su favor.

TESMAN —No, no, naturalmente. (*Sale por la puerta de la derecha de la salita del fondo.*)

ESCENA VI

HEDDA y THEA

HEDDA.—*Acercándose á Thea sonriendo y hablando en voz baja*). ¿Y bien? ¿Ya ha logrado lo que quería, eh?

THEA.—No sabe usted cuanto se lo agradezco...

HEDDA —Y ahora que estamos solas, podemos hablar con entera libertad de todo lo ocurrido... No me oculte usted nada.

THEA.—Nada les he ocultado, se lo juro á usted.

HEDDA.—A mi puede usted confiarse por completo... Siéntese usted, siéntese y hablemos como antiguas amigas.

THEA.—(*Mirando el reloj*). Señora Tesman, se me hace tarde y quisiera ..

HEDDA.—¡Oh! Por Dios. ¿No tiene usted confianza en mí? ¿No recuerda usted ya que hemos sido compañeras de colegio?

THEA.—Sí, lo recuerdo... ¿Y qué miedo tenía yo entonces de usted!

HEDDA.—Miedo de mí?

THEA.—(*Sonriendo*). Un miedo horrible..... porque usted me tiraba de los cabellos...

HEDDA.—¿De veras?

THEA.—Sí... y hasta recuerdo que un día dijo usted que quería quemar mi cabellera.

HEDDA.—¡Oh! cosas de chiquilla.

THEA.—Naturalmente. Pero yo era entonces tan apocada, y luego pertenecía usted á una clase tan superior á la mía!. .

HEDDA.—Pues hemos de procurar ahora enmendar todas aquellas chiquilladas .. Pero se me ocurre una cosa... En el colegio nos tuteábamos.

THAE —No... Me parece que no...

HEDDA.—Sí, sí .. Lo recuerdo perfectamente ¡Vaya! Y hemos de tutearnos ahora. ¡Pues no faltaba más! ¡Y nada de «señora Tesman»!... Hedda, simplemente Hedda...

THEA.—¡Qué buena es usted!..

HEDDA.—Y yo te llamaré también por tu nombre. Thora, mi querida Thora.

THEA.—Me llamo Thea, ¿no lo recuerda V?

HEDDA.— Sí, Thea quise decir. (*Mirándola con interés y mirando con marcada envidia sus espléndidos cabellos*). Y dí: parece que no eres feliz allá en aquel villorrio, en tu casa. .

THEA.—¡Mi casa! ¡Oh! ¡Nunca he sabido cual era mi verdadera casa!

HEDDA —(*Mirándola con insistencia*). Ahora creo recordar ¿No entraste al principio como institutriz en casa del juez Elvsted?

THEA.—Estaba allí al principio como ama de

llaves. Pero su mujer, su primera mujer, se hallaba siempre enferma, guardando cama y muy pronto tuve que encargarme por entero del gobierno de la casa.

Hedda.—Que ha acabado por ser la tuya...

Thea.—Si; desde hace cinco años...

Hedda.—¿Cinco años hace que te casaste con el Sr. Elvsted?

Thea.—Si, cinco años. ¡Oh! ¡y qué cinco años! Sobre todo los dos ó tres ultimos. Si usted supiera.

Hedda —*(Fingiendo cariño, corrigiéndola y mirando malignamente sus cabellos.)* ¿Usted? Tu, tu...

Thea.—Si usted!... si tu pudieras imaginar...

Hedda —¿Alberto Loevborg ha vivido tres años allí tambien?

Thea.—Si, tres años...

Hedda.—¿Tú le conocías cuando vivías aquí?

Thea.—No... De nombre solamente.

Hedda.—Y allí en el pueblo ¿le veíais con frecuencia?

Thea.—Si, todos los días daba lección á los niños... Yo no podía cuidar de todo...

Hedda.—*(Después de una pausa.)* Y tu marido se ausentará muy á menudo ¿verdad?

Thea.—Si... Siendo juez de paz sus ocupaciones le obligan á recorrer el distrito...

Hedda —*(Apoyando el brazo en el sillón y con gran cariño.)* ¡Mi pobre Thea!... Dí, querida mía, dime toda la verdad... confíamelo todo...

THEA.—Sí... Pregunta lo que quieras y te responderé...

HEDDA.—Dí... Tu marido ¿cómo se porta contigo? ¿Es bueno para tí?

THEA.—(*Sin convicción.*) A su manera, si. El cree obrar bien.

HEDDA.—Debe ser muy viejo para tí... ¿Tendrá lo menos veinte años más que tú?...

THEA.—Sí... más de veinte años. (*Pausa.*) No siento por él ningún afecto! Nuestras ideas nada tienen de común.

HEDDA.—Pero te ama... A su manera.

THEA.—¡Qué se yó! Le soy útil: he ahí todo... Y no le resulto gravosa; no le cuesto muy cara.

HEDDA.—Oh, no digas tonterías.

THEA.—Es la verdad, Hedda. Mi marido no siente afección por nadie, no ama más que á sí mismo... y algo quizá á los niños.

HEDDA.—¿Y á Alberto Loevborg?

THEA.—¿A Alberto Loevborg? No comprendo?...

HEDDA.—Querida mía, ¿no te ha mandado que vinieses en busca suya?... me parece que... tú misma se lo has dicho á Tesman...

THEA.—(*Con pausa.*) Si, es cierto... lo he dicho... (*Con resolución después de una pausa.*) Hedda! prefiero confesártelo todo... De todos modos ha de saberse la verdad...

HEDDA.—Pero ¡querida Thea!...

THEA.—(*Resuelta.*) Pues bien, he abandonado mi casa, sin saberlo mi marido.

HEDDA.—¿Sin saberlo tu marido?

THEA.—Sí... Se hallaba de viaje y yo no podía ya más, mi vida era imposible La soledad en que iba á encontrarme me dió fuerzas...

HEDDA.—Y decidiste...

THEA.—Marcharme. Recogí mis cosas, lo estrictamente necesario y abandoné aquella casa.

HEDDA.—¡Pero te has atrevido á hacer esto!

THEA —(*Levantándose y atravesando la escena.*) ¿Qué debía hacer, pues?

HEDDA.—Pero tu marido... cuando regreses...

THEA.—(*Deteniéndose delante de la mesa y mirando á Hedda.*) ¿Cuando yo regrese? ¡Oh! No volveré nunca á aquella casa.

HEDDA.—(*Acercándose á ella.*) Estás, pues, resuelta á ..

THEA.—Sí. No podía obrar de otro modo. Hay cosas que no pueden ocultarse siempre...

HEDDA.—Pero ¿no has calculado lo que se dirá de tí?...

THEA —¡Qué me importa lo que pueda decirse! (*Dejándose caer en el sofá*). Sé que he cumplido mi deber.

HEDDA —¿Y qué será de tí, ahora? ¿Cuales son tus proyectos?

THEA.—Oh, nada he pensado. Sé sólamente que si debo vivir, ha de ser donde se halle Alberto Loevborg...

HEDDA.—(*Acercando cerca de ella una silla y sentándose al lado de Thea cogiéndola y acariciándole las manos. Pausa*). ¡Y como ha empezado esta amistad, entre tú y Alberto Loevborg!

THEA – Poco á poco fuí adquiriendo cierta influencia cerca de él... y sin yo decírselo logré que renunciara á sus antiguos hábitos...

HEDDA.—¿Sin decírselo?

THEA.—Si. Nunca me hubiera atrevido á ello, pero conoció que me repugnaban sus costumbres licenciosas y cambió por completo de conducta.

HEDDA.—(*Sonriendo*.) Asi, pues, ¿puede decirse que le has regenerado?...

THEA.—Así dice él mismo. Y yo á su lado he cambiado también completamente.

HEDDA.—¿Tú, también?

THEA.—Sí. El me ha enseñado á pensar y á reflexionar acerca de mi vida. ¡Y he sido tan feliz! ¡Qué dias tan dichosos aquellos en que me dejaba que le ayudase en sus trabajos!

HEDDA.—¿Ayudarle, dices?

THEA.—Sí. Cuando escribía quería siempre que yo trabajase á su lado.

HEDDA.—¿Como dos compañeros, verdad?

THEA.—¡Y cómo me sentía dichosa, Hedda! ¡Oh! si pudiera hallarle de nuevo.

HEDDA.—¿No estás segura de él? ¿Temes haber perdido la influencia sobre Alberto Loevborg?

THEA.—(*Penosamente.*) Entre Alberto y yo se levanta la sombra de una mujer...

HEDDA.—(*Mirándola fijamente.*) ¿De una mujer? ¿De quién?

THEA.—No lo sé. De una mujer que conoció hace ya tiempo y que no puede olvidar.

HEDDA —¿Y él te lo ha confesado? ¿Te ha hablado de ella?

THEA.—Una sola vez hizo alusión á ese recuerdo...

HADDA.—¿Que te dijo?

THEA —Me dijo que en el momento de su separación, aquella mujer le amenazó de muerte con una pistola.

HEDDA.—(*Friamente.*) Entre gentes dignas no ocurren esas cosas.

THEA —Por esta razón he sospechado que aquella cantante de cabellos rojos con la cual Alberto...

HEDDA —Sí, es posible que sea ella...

THEA.—Y he sabido, que esa mujer se hallaba de regreso, que se hallaba aquí. Imagina mi desesperación ..

HEDDA —(*Mirando hacia el fondo*) Pst! Aquí está Tesman... Ni una palabra de todo esto.

THEA.—Oh no. Por Dios. (*Tesman con una carta en la mano entra por la puerta de la derecha de la salita del fondo*)

TESMAN.—Aquí está la carta... Toma, Hedda.

HEDDA.—Aguarda un instante La señora Elvster se marcha.

TESMAN. Dí, Hedda. ¿No podríamos mandar á Berta que la llevase?...

HEDDA.—Trae, yo la mandaré. (*Berta entra por la puerta del recibimiento.*)

BERTA.—El señor asesor Brack pregunta por la señora...

HEDDA.—Ruéguele usted que pase. Y luego vaya usted á echar esta carta al correo.

BERTA.—Muy bien, señora. (*Hace entrar al asesor y sale enseguida por la misma puerta.*)

ESCENA VII

Los mismos y BRACK

(*Brack es un hombre de unos 45 años, de modales distinguidos. Viste con elegancia, excesivamente juvenil. Lleva monóculo, que deja caer á menudo.*)

BRACH.—(*Entra, el sombrero en la mano, saludando.*) ¿Se permiten las visitas tan de mañana?

HEDDA.—Ya lo creo, y bien venido.

TESMAN — *Dándole la mano*)—Sus visitas son siempre agradables. *(Presentando.)* El asesor Brack: la señorita Rysing.

HEDDA.—¡Oh!

BRACK.—(*Inclinándose*)

HEDDA.—(*Mirándole y sonriéndole*) Es curioso, amigo Brack, contemplarle á usted á plena luz.

BRACK.—¿Me encuentra usted cambiado, verdad?

HEDDA.—Sí, algo más jóven.

BRACK.—Gracias por la lisonja.

TESMAN.—Y usted ¿que me dice de Hedda? ¿No la encuentra mejor aspecto?

HEDDA.—Déjame á mí en paz, Tesman, y no

obligues al asesor á hacer nuevos cumplidos, después de la molestia que se ha tomado.

BRACK.—En lugar de molestia, es un placer extraordinario el visitarles á ustedes...

HEDDA.—(*Con fina ironía.*) Si. Brack es un amigo fiel... Pero perdone un instante. Mi amiga está impaciente y se estaba despidiendo cuando usted llegó... Con su permiso. (*Cambio de saludos. Salen Hedda y Thea.*)

BRACK.—Y bien, amigo mio! Su señora de usted parece muy contenta de la nueva casa.

TESMAN.—Sí, oh sí, muy contenta. Y nunca agradeceremos á usted bastante el trabajo que se ha tomado en disponerlo todo.. ¿Pero no quiere usted sentarse?. .

BRACK.—Muchas gracias, (*Se sienta cerca de la mesa.*) He venido para hablar con usted un instante... mi querido Tesman.

TESMAN.—Ah! Comprendo. Se trata de la parte seria de la cosa.

BRACK.—Oh, no! No se trata de la cuestión de dinero. No corre prisa... Sin embargo, y hablando con entera franqueza, quizás hubiera sido más prudente, poner la casa con mayor sencillez.

TESMAN.—¿Y usted cree que eso era posible? Usted conoce á Hedda y sabe cómo está acostumbrada. No podía ofrecerle menos que esto.

BRACK.—Si, verdaderamente, pero...

TESMAN.—Además, Dios mediante, mi nombramiento casi debe ser cosa resuelta...

BRACK.—Ya sabe usted que esos asuntos á veces se prolongan y...

TESMAN.— Alarmado.) ¿Tiene usted por ventura alguna noticia?

BRACK.—Nada en concreto (*Interrumpiéndose.*) Digo, sí. Una noticia tengo que darle...

TESMAN.—¿Qué es?

BRACK.—Su antiguo compañero Alberto Loevborg se halla de nuevo entre nosotros.

TESMAN.—Sí. Lo sabía ya.

BRACK. ¿Quien se lo ha dicho á usted?

TESMAN.—Hace un momento lo he sabido por esa señora que ha salido con Hedda.

BRACK.—¿Ha dicho usted que se llamaba?...

TESMAN.—La señora Elvsted.

BRACK —¿La señora del juez de paz? Ah, sí. Creo que es en su casa donde ha permanecido todo este tiempo Loevborg, eh?

TESMAN.—Sí. Y figúrese usted mi alegría cuando he sabido que está completamente regenerado.

BRACH.—Sí, eso dicen.

TESMAN.—Parece que ha publicado un nuevo libro y que ha producido gran sensación.

BRACK.—Sí, es cierto.

TESMAN.—Es un muchacho de gran inteligencia. . Y me he alegrado más porque tenía casi la certeza de que estaba perdido irremisiblemente.

BRACK —Todo el mundo tenía esa opinión.

TESMAN.—Lo que no acierto á comprender es lo que va á hacer ahora,, porque, veamos,

¿de qué va á vivir? (*En este momento entra Hedda por la puerta del recibimiento*)

HEDDA.—(*A Brack con sonrisa irónica.*) Tesman siempre preocupándose por saber de qué se vivirá...

TESMAN.—Estábamos hablando de ese pobre Alberto Loevberg

HEDDA.—(*Mirándole bruscamente.*) ¡Ah!.. (*Se sienta en el sillón al lado de la chimenea y pregunta con tono indiferente.*) ¿Qué le ocurre?

TESMAN.—Preguntaba, ¿como se las compondrá para vivir? Desde hace ya mucho tiempo que gastó de mala manera cuanto había heredado ¡Y no va á hacer cada año un nuevo libro! eh?

BRACK—Usted olvida que tiene parientes ricos y que disponen de mucha influencia.

TESMAN—Hace ya mucho tiempo que le volvieron la espalda sus parientes.

BRACK.—Es cierto, pero usted recordará que antes le consideraban como la esperanza de la familia.

TESMAN.—Antes de haber derrochado su fortuna sí.

HEDDA.—(*Sonriendo.*) De todos modos, si tanto ha cambiado en casa los Elvsted.

TESMAN.—Dios lo quiera y ojalá encuentre protección en una parte ú otra. .(*A Brack.*) Precisamente acabo de escribirle, rogándole que venga esta noche...

BRACK.—Pero, querido Tesman, esta noche debe usted venir á cenar en mi cuchitril

de soltero. ¿No recuerda usted que me lo prometió anoche?

HEDDA.—¿Lo habías ya olvidado, Tesman?

TESMAN.—Confieso que sí...

BRACK.—Además, esté usted seguro que no vendrá el señor Loevborg.

TESMAN.—¿Usted cree? ..

BRACK.—(*Levantándose lentamente.*) Mi querido Tesman y usted señora... No puedo menos de confiarles una cosa...

TESMAN.—Concerniente á Loevborg.

BRACK.—Si, á Loevborg y á usted .

HEDDA.—De qué se trata? Diga usted...

BRACK.—Amigo Tesman, no confíe usted mucho en que su nombramiento se haga tan pronto como usted desea y espera.

TESMAN.—(*Con inquietud.*) Hay acaso algún obstáculo?

BRACK.—Podría ser que la plaza se sacase á oposición.

TESMAN.—A oposición? Pero, has oído, Hedda?

HEDDA.—(*Reclinándose en el sillón.*) Si, si; he oído.

TESMAN.—Pero ¿con quien tendré que luchar? No será...

BRACK.—Sí. amigo Tesman. Seguramente con Alberto Loevborg.

TESMAN.—Oh! Es imposible.

BRACK.—Es probable, casi seguro.

TESMAN.—Pero eso sería inaudito por su parte y no se lo perdonaría nunca... (*Gesticulando.*) Mi nombramiento ya lo dábamos por cosa descontada. Nos hemos casado Hedda

y yo contando con ello, y he gastado no sólo cuanto podía sino hasta el dinero prestado por tia Julia... Porque usted lo sabe, Brack, se me había prometido esa plaza!

BRACK.—Y la logrará usted, tengo la seguridad de ello, sólo que deberá usted luchar con Loevborg.

HEDDA.—¡Y esas oposiciones son una especie de sport. Tesman?

TESMAN.—Por Dios, Hedda .. ¿y tú lo oyes con esa indiferencia?

HEDDA.—(*Cambiando de tono,*) Te aseguro que espero el resultado con el mayor interés.

BRACK.—De todos modos, es mejor que ustedes sepan á qué atenerse.

HEDDA.—Es igual, igual absolutamente.

BRACK.—Tanto mejor en tal caso (*A Tesman.*) Mi querido Tesman... vendré á buscarle al caer de la tarde, eh?

TESMAN.—Ah, sí, sí, cuando usted quiera

HEDDA.—(*Tendiéndole la mano.*) Adios, querido asesor, ó mejor, hasta luego... y bien venido. .

BRACK.—Muchas gracias. Adios señora (*Saludos*)

TESMAN.—(*Acompañándole hasta la puerta*) Adios y perdone usted .. (*Sale con Brack acompañándole y entra de nuevo enseguida.*) (*Desde la puerta.*) ¡Oh Hedda! ¿Has oído? Hemos hecho mal en lanzarnos á estas aventuras

HEDDA.—(*Mirándole y sonriendo.*) ¿Lo dices por tí?...

TESMAN.—Si, Hedda, no puedo negarlo... Ha sido meternos en una peligrosa aventura casarnos fiando sólo en remotas esperanzas.

HEDDA.—Quizás tengas razón.

TESMAN.—Y pensar que hubiéramos podido vivir en mi modesta casita. . Te acuerdas?

HEDDA.— *(Levantándose lentamente con aire despechado.)* Convinimos en que viviríamos con toda clase de confort y en una casa propia como esta.

TESMAN.—Si, tienes razón, y puedes figurarte como lo deseaba... por tí, mi querida Hedda... Pero no tendremos más remedio que prescindir de muchas superfluidades y vivir con cierto aislamiento. No podremos recibir como habíamos pensado... Sólo á tia Julia... ¡Si supieras qué pena me causa por tí, pobre Hedda!

HEDDA.—Segun eso, tenemos que renunciar ya desde ahora á tener criado con librea.

TESMAN.—Oh, no podemos, Hedda! Ya ves tú misma...

HEDDA.—¿Y he de renunciar asímismo al caballo de silla que me prometiste?

TESMAN.—Un caballo de silla?

HEDDA.—No debo ni pensar en ello, naturalmente!...

TESMAN.—Es imposible, Hedda...

HEDDA.—*(Dirigiéndose hacia el fondo.)* Por fortuna, aún me queda con que entretener mis ratos de fastidio.

TESMAN.—*(Con cierta alegría.)* Sí? Que es ello, Hedda?

HEDDA.—(*Cerca de la puerta y mirándole con ironía*) Mis pistolas, Jorge.

TESMAN.—(*Con ansiedad.*) Tus pistolas?

HEDDA.—(*Friamente.*) Si. Las pistolas del general Gabler. (*Sale por la puerta de la izquierda de la salita del fondo.*)

TESMAN.—Oh, Hedda. No juegues con esas armas. Hazlo por mí, yo te lo ruego.

TELÓN



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Es mediodia. El piano ha sido sustituído por un elegante escritorio con un *estante* lleno de libros. A la izquierda se ha colocado una pequeña mesa al lado del sofá. La mayor parte de los ramos que había durante el acto primero han sido quitados. El que mandó la señora Elvsted se halla en la mesa del centro del salón.

ESCENA PRIMERA

HEDDA y BRACK

(Hedda se halla en traje de casa delante de la puerta vidriera con una pistola en la mano cargándola. Encima del escritorio se verá la caja abierta con otra pistola igual .

HEDDA.– (*Mirando hacia el jardin y gritando).* Buenos dias. señor Asesor

BRACK.—(*Desde cierta distancia*). Buenos días, señora Tesman.

HEDDA.—Tenga usted cuidado, señor Brack, porque voy á matarle á usted.

BRACK.—(*Desde dentro*). No creo que me quiera usted tan mal.

HEDDA.—Ya sabe usted que á eso se expone entrando por la puerta secreta. (*Dispara la pistola*)

BRACK.—(*Desde dentro*) ¡Pero, está usted loca!

HEDDA.—¿No le he dado á usted?

BRACK.—Por fortuna mía, no.

HEDDA.—¡Vaya! Pues, entre usted... (*El asesor Brack entra por la puerta vidriera. Viste levita y lleva un ligero pardesú al brazo*).

BRACK.—¿Pero, no ha perdido usted todavía la afición á este peligroso sport? ¿A qué tiraba usted?

HEDDA.—A nada. Me divierte disparar al aire. Al cielo azul.

BRACK.—(*Quitándole prudentemente el arma*). Usted me permite. (*Mirando la pistola*). ¡Ah! Es magnífica y me parece recordar... ¡Ah! ahí está la caja. Bueno, basta por hoy de esas locuras, le parece á usted?

HEDDA.—¿En qué quiere usted, pues, que me distraiga?

BRACK.—¿No han recibido ustedes ninguna visita?

HEDDA.—(*Cerrando la puerta vidriera*). No. Todos nuestros amigos se hallan todavía terminando su veraneo.

BRACK.—¿Y Tesman ha salido?

HEDDA.—(*Mientras cierra la caja de las pistolas en uno de los cajones del escritorio*). Sí; Apenas terminada la comida ha dicho que iba á casa de sus tías. No le esperaba á usted tan temprano.

Brack.—Y yo que no he pensado en ello, pues de habérseme ocurrido...

Hedda.—¿Hubiera usted venido más tarde?

Brack.—Al contrario, más temprano.

Hedda.—(*Atravesando la escena.*) No hubiera usted encontrado á nadie. En seguida de comer he estado cambiándome el traje, y hasta hace poco no he terminado mi *toilette*.

Brack.—(*Sonriendo*). ¿Y no hay en su cuarto una rendija á través de la cual se pueda *parlamentar*?

Hedda.—Olvida usted que esa puerta cierra herméticamente. No le hubiera quedado á usted más remedio que aguardar pacientemente que regresara Tesman ¡Lo mismo que ahora!

Brack.—Pero ahora no deberé hacer acopio de paciencia ..

Hedda.—(*Se sienta en uno de los extremos del sofá. Brack deja su paletot en el respaldo de una silla y se sienta teniendo el sombrero en una mano. Pausa*) ¿Y bien?

Brack.—(*Con el mismo tono interrogativo.*) ¿Usted dirá?

Hedda.—¿No le parece á usted que hace muchísimo tiempo que no nos hemos hablado?... Porque no cuento las pocas palabras que cruzamos anoche y esta mañana.

Brack.—Que no hemos hablado con entera libertad ¿quiere usted decir?

Hedda.—Sí... por lo menos sin testigos importunos...

Brack.—No puede usted imaginarse, mi que-

rida amiga, cuantas veces he deseado que regresaran ustedes.

HEDDA.—Y yo le juro que no lo he deseado menos que usted.

BRACK.—¿Dice usted verdad, Hedda? Pues yo creía que se divertió usted mucho durante el viaje.

HEDDA.—¿A usted le parecía?...

BRACK.—Tesman mismo lo repetía en todas sus cartas.

HEDDA.—El sí... Para él no existe mayor placer que escudriñar bibliotecas y pasarse horas y horas revolviendo y copiando libros y pergaminos y que sé yo que más.

BRACK.—*(Maliciosamente.)* Es natural... No tiene otra ocupación en este pícaro mundo... ¡Por lo menos lo parece!...

HEDDA.—Y es verdad! Por eso no se le hizo pesado el viaje. Pero yo... Le juro á usted, amigo Brack, que me he aburrido soberanamente...

BRACK.—¡Se aburría usted!...

HEDDA.—¡Como no puede usted imaginarlo! Medio año interminable sin encontrar ni uno solo de nuestros amigos íntimos. Nadie con quien poder siquiera hablar de nuestras cosas.

BRACK.—Confieso que yo no hubiera podido resistirlo.

HEDDA.—Y no era aún eso lo más aburrido... Lo verdaderamente insoportable era...

BRACK.—*(Ademan interrogativo y de admiración).*

HEDDA.— Hallarse siempre, eternamente, al lado de la misma persona.

BRACK.—(*Asintiendo*). ¡Oh! Imagino su tormento. ¡Siempre! A todas horas.

HEDDA.—Siempre, *eternamente*.

BRACK.—Menos mal que Tesman, el excelente Tesman...

HEDDA.—Tesman es un hombre de ciencia, un especialista, amigo Brack.

BRACK.—Ciertamente, pero...

HEDDA.—Y crea V. que los hombres de ciencia son muy poco divertidos viajando. Cuando menos á la larga.

BRACK.—Pero, cuando á un hombre de ciencia se le ama...

HEDDA.—(*Con un gesto de disgusto*). ¡Oh! No emplee usted ese verbo...

BRACK.—¿No es verdad por ventura?

HEDDA.—(*Con cierta sonrisa irónica*). Oh, quisiera verle á usted oyendo hablar de la historia de la civilización, de la mañana á la noche...

BRACK.—*Siempre, eternamente*... verdad?

HEDDA.—Y de las industrias domésticas de la Edad media... que es mucho peor aún.

BBACK.—(*Mirándola con cierta extrañeza*). En tal caso no me explico...

HEDDA.—¿Que yo haya ligado mi vida á la de Jorge Tesman?...

BRACK.—Francamente, sí...

HEDDA.—Le parece á usted incomprensible, verdad?

BRACK.—Sí, hasta cierto punto...

HEDDA.—¡Oh! Estaba ya hastiada de todo... No era ningúna chiquilla y... no quiero ni pensarlo!... (*Mirando fijamente á Brack*). Y en cuanto á Jorge Tesman, no es acaso un hombre distinguido?...

BRACK.—¡Oh! Ya lo creo...

HEDDA.—Y no creo que á nadie pueda parecerle ridículo, no es cierto?

BRACK.—¿Ridículo?... No... verdaderamente...

HEDDA.—Tendrá sus manías de coleccionista, pero llegará quizás con el tiempo...

BRACK.—(*Mirándola indeciso*). Quizás, dice usted? No está usted segura de ello?... todo el mundo cree á Tesman hombre de gran porvenir...

HEDDA.—(*Con cierto aire de fatiga*). Yo lo he creído también, y así cuando quiso unir su vida á la mía ofreciéndome cuanto valía, no hallé motivo para rehusar.

BRACK.—Sí, bajo este punto de vista...

HEDDA.—Era mucho más de cuanto me habían ofrecido mis mas rendidos adoradores, amigo Brack.

BRACK.—(*Sonriendo*). No puedo responder por los demás, pero, en cuanto á mi, ya conoce usted, mi buena amiga, mi instintiva repulsión por las delicias matrimoniales...

HEDDA.—(*Sonriendo*). Por eso no fundé nunca esperanzas en usted, solterón empedernido.

BRACK.—Mis únicas aspiraciones son una cierta y sincera intimidad que me permita ser en todas ocasiones útil como un verdadero y probado amigo.

HEDDA.—(*Sonriendo*). Del marido, verdad?

BRACK.—De la mujer y naturalmente del marido también. No puede usted imaginar cuantos encantos encierra esa amistad, esa especie de intimidad que podríamos llamar triangular.

HEDDA.—Si; algunas veces durante nuestro viaje he echado de menos esa tercera persona de que usted habla.

BRACK.—Por fortuna su viaje de novios ha terminado ya.

HEDDA.—(*Moviendo la cabeza*). El viaje será probablemente largo... muy largo quizás. Y estoy sólo en la primera estación...

BRACK.—Es pues el momento de saltar á tierra á respirar un poco. ¿No le parece á usted?

HEDDA —No. Nunca abandonaré el wagón.

BRACK.—¿Está usted segura?

HEDDA.—Sí, segurísima...

BRACK.—¿Y si un tercero subía al mismo departamento?

HEDDA.—En tal caso...

BRACK.—Un amigo perspicaz y sincero.

HEDDA.—Lleno de interés y de afabilidad...

BRACK.—Y que no fuese en absoluto un hombre de ciencia un especialista.

HEDDA.— (*Suspirando profundamente.*) Sería una verdadera dicha.

BRACK.—(*Mirando hacia la puerta de entrada que ha oído abrir.*) ¡He aquí el triángulo que se cierra!

HEDDA.—Y el tren que parte de nuevo.

ESCENA II

HEDDA, TESMAN y BRACK

(*Tesman en traje de calle gris y sombrero blando, entra llevando un paquete de libros en las manos y otros en los bolsillos.*)

TESMAN.—(*Dirigiéndose á la mesa de delante del sofá.*) ¡Uf! Caramba y como cansa andar cargado con todo esto. (*Deja los libros.*) (*A Hedda.*) ¡Sabes que estoy sudando! (*Viendo á Brack*). ¡Calle! ¿Usted por aquí? Pues no me lo ha dicho Berta.

BRACK.—(*Levantándose.*) Entré por la puerta del jardín.

HEDDA.—¿Què libros son esos?

TESMAN.—Obras de ciencia que necesitaba.

HEDDA.—¡Obras de ciencia!

BRACK.—Ya lo oye usted, señora Hedda. Obras de ciencia. (*Cambiando con Hedda una mirada de inteligencia.*)

TESMAN.—Es necesario estar al corriente de todo lo nuevo que se escribe...

HEDDA.—Si ¡hay que estar al corriente de todo!

TESMAN.—(*Buscando entre los libros.*) ¡Mira! He encontrado el nuevo libro de Alberto Loevborg. (*Dándoselo.*) ¿Quieres leerlo, Hedda?

HEDDA.—No, gracias... Si, trae,... lo veré luego...

TESMAN.—Viniendo lo he estado hojeando...

BRACK.—¿Y qué le ha parecido? Usted, como hombre de ciencia...

TESMAN.—A decir verdad, me ha parecido que revelaba una concentración de espíritu que no había hallado en sus demás escritos... (*Recogiendo los libros.*) Con su permiso (*A Brack.*) Voy á guardar todo esto... y á arreglarme un poco... No hemos de marcharnos enseguida ¿eh?...

BRACK.—Oh, no. Tiene usted tiempo de sobra. No tenemos prisa.

TESMAN.—Perfectamente. (*Se dirige hacia el fondo con los libros y cerca de la puerta se detiene*) ¡Ah! ¡Hedda!... Tía Julia no podrá venir esta noche...

HEDDA.—¿Qué? ¿No se le ha pasado todavía lo del sombrero?

TESMAN.—¡Oh! ¿Puedes tú suponer eso de tía Julia?... No vendrá porque tía Rina está mucho peor...

HEDDA.—¿Está peor?

TESMAN.—Sí, hoy está muy mal, de verdadero cuidado.

HEDDA.—Siendo así, es natural que tía Julia no la abandone...

TESMAN.—Si supieras como ha agradecido que la invitase de tu parte.

HEDDA.—(*En voz baja.*) ¡Oh! ¡Esas tías eternas!...

TESMAN.—¿Qué dices?

HEDDA.—Nada. No... (*Sale Tesman por la puerta del fondo.*)

ESCENA III

HEDDA y BRACK

BRACK.—¿De qué sombrero hablaban ustedes?

HEDDA.—De un incidente que me ha ocurrido esta mañana con la señorita Tesman. Había dejado su sombrero sobre una silla (*Mirándole y sonriendo*) y yo he fingido creer que era el de la criada.

BRACK.—¡Es posible que haya usted podido hacer semejante burla á una viejecita tan agradable!

HEDDA.—He sentido comezón de ello, algo como un capricho superior á mis fuerzas. *(Echándose en la butaca del lado de la chimenea.)* Es una cosa que aún no me he sabido explicar.

BRACK.—*(Detrás de la butaca.)* El secreto está en que usted no es dichosa.

HEDDA.—(*Mirando fijamente.*) ¡Dios mio! ¡No sé porqué no he de poder ser dichosa!

BRACK.—Quizá lo sería usted si no hubiese podido alcanzar todo lo deseado. Me refiero á la casa.

HEDDA.—(*Mirándole y sonriendo.*) ¡Ah! Pero, es usted también de los que creen en la leyenda del ideal realizado?

BRACK.—¿Pero es que usted no lo ha realizado por completo?

HEDDA.—Si; en una sola cosa.

BRACK.—¿En cual?

HEDDA.—En que tenía necesidad de Tesman como acompañante en sociedad.

BRACK.—(*Sonriendo.*) Y nosotros creíamos...

HEDDA.—Uno de los días en que me acompañaba al regresar á mi casa, el pobre Tesman se hallaba perplejo y embarazado, sin saber qué decir. Me dió risa y luego lástima la cortedad del infeliz sabio.

BRACK.—(*Con sonrisa de duda.*) ¿Sintió usted piedad por él?

HEDDA.—Palabra. Y para sacarle del atolladero, se me ocurrió la tontería de decir que sería feliz viviendo en esta casa.

BRACK.—¿Y nada más?

HEDDA.—Nada más, aquel día; pero mi ligereza tuvo como consecuencia nuestros desposorios, nuestra boda, el viaje de novios; todo, en una palabra.

BRACK.—¿Y no está usted hoy satisfecha de haber formado este nido?

HEDDA.— *Hace un gesto despreciativo.*) En esta casa me parece que todo huele á colada ó á compota casera. Debe ser tía Julia quien lo ha introducido aquí.

BRACK.—(*Sonriendo.*) No lo crea usted. Debe proceder de la difunta esposa del consejero Falk.

HEDDA.—Sí. Se siente aquí la muerte y sugiere el olor de las flores después de un baile. (*Cruza las manos en la nuca y apoyando la espalda en una silla mira fijamente al asesor.*) Usted, querido asesor, no puede imaginar el mortal fastidio que me espera en esta casa.

BRACK.—¿La vida no tiene para usted ningún objetivo?

HEDDA.—Un objetivo poco seductor, ¿no es cierto?

BRACK.—¡Aunque así fuese!

HEDDA.—¡Un objetivo! ¡Un objetivo! A veces pienso... (*Interrumpiéndose.*) Pero no; es imposible también...

BRACK.—Siga usted. Díga.

HEDDA.—¿Si indujese á Tesman á meterse en política?

BRACK.—*(Sonriendo.)* No creo que la política sea su fuerte.

HEDDA —Claro que no. ¿Pero si le indujese á ello?

BRACK.—¿Y que resolvería usted?

HEDDA.—Es que me aburro soberanamente. (*Después de una corta pausa.)* ¿Usted no cree posible que Tesman pudiese llegar á ministro de Estado?

BRACK.—Aunque tuviese capacidad para ello necesitaría para conseguirlo ser rico.

HEDDA — (*Levantándose con impaciencia.*) ¡Siempre la riqueza! Y yo estoy condenada á esa miserable manera de vivir. (*Atravesando el salón.*) ¡Oh, es ridícula la vida, es ridícula!

BRACK.—El mal estriba en usted misma.

HEDDA.—¿Qué quiere usted decir?

BRACK.—Que no ha hallado usted nunca nada que la haya estimulado de veras.

HEDDA.—¿Nada verdaderamente serio, no es cierto?

BRACK.—Sí. Pero su situación puede aún cambiar.

HEDDA —¿Se refiere usted á la miserable plaza de profesor que han ofrecido á Tesman? Crea V. que no me preocupo de ello.

BRACK.—No, no me refería á eso. Quería decir si adquiriese usted otros deberes, lo que podríamos llamar en estilo elevado graves responsabilidades... (*Sonriendo.*) En una palabra, deberes nuevos.

HEDDA.—(*Seriamente.*) ¡Oh no! ¡Eso nunca!

BRACK.—(*Con aire reflexivo.*) Dentro de un año ó más tarde quizás no opinará usted lo mismo.

HEDDA.—(*Secamente.*) Señor asesor, no siento la vocación de lo que usted dice. ¡Hablarme de deberes á mi!...

BRACK.—Acaso, usted, como todas las mujeres, no siente...

HEDDA.—(*Desde cerca la vidriera.*) ¡Oh! Cállese usted, se lo ruego. Mi destino creo que está claramente trazado...

BRACK.—¿Y cree usted que es?...

HEDDA.—(*Mirando hacía fuera.*) ¿Quiere usted saberlo? Pues, aburrirme hasta morir... (*Mira hacia el saloncito del fondo y sonriendo.*) Mire usted... Aquí está Tesman.

BRACK.—(*Bajo con tono de reproche.*) ¡Oh! Qué cosas dice usted, Hedda!

ESCENA IV

Los mismos y TESMAN

Tesman aparece en traje de visita, el sombrero y los guantes en la mano. Entra por la puerta de la sala del fondo.

TESMAN —¿Dí, Hedda, no has recibido ninguna carta de Alberto Loevborg escusándose?

HEDDA.—No.

TESMAN.—En tal caso no puede tardar en venir.

BRACK.—¿Usted cree que vendrá?

TESMAN —Estoy casi seguro. Lo que usted me ha dicho de sus propósitos serán no más que castillos en el aire.

BRACK. ¿Cree usted?

TESMAN.—Tia Julia misma ha dicho que era imposible que Alberto quisiera atravesarse en mi camino.

BRACK.—Tanto mejor, si es así.

TESMAN.—(*Deja el sombrero y los guantes en una silla de la derecha.*) Le aguardaremos un rato, si á usted le parece.

BRACK.—Tenemos tiempo de sobra. No irá nadie á mi casa antes de las siete ó siete y media.

HEDDA.—(*Cogiendo el gabán y el sombrero de Brack y dejándolo en el sofá.*) Y caso que Alberto Loevborg no quiera ir con ustedes yo le haré los honores.

TESMAN.—¿Pero tú crees conveniente que permanezca solo contigo? Recuerda que esta noche no vendrá tia Julia.

HEDDA. — Pero vendrá la señora Elvsted y podremos tomar el te los tres.

TESMAN.—Sí, tienes razón.

BRACK.—(*Sonriendo*). Y será quizá lo que más le convenga á Alberto.

HEDDA.—¿Porqué?

BRACK.—Por lo peligrosas que usted imagina son las comidas en mi casita de soltero.

HEDDA.—Oh, Loevborg puede aventurarse en ellas. ¡Un pecador arrepentido! (*Berta aparece.*)

BERTA.—Un caballero pregunta si los señores pueden recibirle.

HEDDA.—Que pase.

TESMAN.—(*En voz baja*). De seguro que es él.

ESCENA V

Los mismos y ALBERTO LOEVBORG

(*Alberto entra por la puerta del recibimiento. Tiene la misma edad que Tesman; alto y esbelto. Viste traje negro, elegante y nuevo. Lleva sombrero de copa en la mano y calza guantes de color oscuro. Saluda desde la puerta y parece ligeramente turbado*).

TESMAN.—(*Dirigiéndose hácia él y estrechándole la mano*). Oh, mi querido Alberto... después de tantos años...

Alberto.—(*Con voz débil*). Muchas gracias por tu carta. (*Acercándose á Hedda*). Señora...

Hedda.—(*Tendiéndole la mano*). Bienvenido, señor Loevborg. No sé si ustedes...

Alberto.—(*Con ligera inclinación de cabeza*). ¿El asesor Brack, si mal no recuerdo?

Brack.—El mismo. Hace ya algunos años...

Tesman.—(*Interumpiéndole y dando palmadas en la espalda de Alberto*). Y ahora, querido Alberto, nada de cumplidos; ya sabes que esta es tu casa. Y si te estableces, como han dicho, en nuestra ciudad...

Alberto.—Sí, esta es mi intención.

Tesman.—Ah, oye. Hoy he comprado tu nuevo libro. No he tenido todavía tiempo de leerlo.

Alberto.—Pues no lo leas.

Tesman —¿Qué quieres decir?

Alberto.—Que no vale gran cosa.

Tesman —¿Y tu dices eso?

Brack.—Pues se han hecho de él muchos elogios.

Alberto.—Por eso mismo. Y á decir verdad este era mi objeto: hacer una obra al alcance de todo el mundo

Brack.—Es una gran cualidad.

Tesman.—Naturalmente.

Alberto.—Y lo he escrito porque estoy decidido á crearme una nueva posición.

Tesman.—(*Turbado*). ¡Ah, si! ¿De modo que piensas?...

Alberto.—*Interrumpiendo y sacando sonriendo un pliego voluminoso manuscrito del bolsi-*

llo). Pero ya verás, Jorge, cuando este aparezca. Este si que tendrás que leerlo. Es mi nuevo libro; aquel en que soy yo; la verdadera obra de mi vida.

TESMAN.—¿Y qué libro es?

ALBERTO.—Es la continuación del otro.

TESMAN.—(*Admirado*). ¿La continuación?

ALBERTO.—Sí, la continuación del que acaba de publicarse.

TESMAN.—Pero, querido Alberto, ¿si por lo que he hojeado llega hasta nuestros días?

ALBERTO.—Justamente. Y esta es la continuación porque trata del porvenir.

TESMAN.—¿Del porvenir? ¡Si del porvenir no sabemos absolutamente nada!

ALBERTO.—Y no obstante ¡cuanto puede decirse acerca de él! (*acercando un taburete*). Tu verás... mira!... (*abriendo el manuscrito y mostrándoselo*).

TESMAN.—Esta no es tu letra...

ALBERTO.—No. Lo he dictado (*hojeándolo*). Tiene dos partes la obra. La primera trata de la potencia civilizadora del porvenir. La segunda (*hojeando*), aquí, de la marcha futura de la civilización.

TESMAN.—Es extraordinario. Confieso que nunca se me hubiera ocurrido tratar semejante asunto.

HEDDA.—(*En voz baja y tabaleando con los dedos en los cristales*). Naturalmente.

ALBERTO.—(*Dejando el manuscrito encima la mesa*). Lo he traído para leerte algunos fragmentos durante la velada.

TESMAN.—Te lo agradezco de veras. (*Mirando á Brack*). Pero esta noche no podrá ser.

ALBERTO.—Lo mismo dá. No corre ninguna prisa.

BRACK.—(*A Alberto*). Es que esta noche tengo algunos invitados en mi casa para festejar el regreso de Tesman.

ALBERTO.—(*Buscando el sombrero*). En tal caso...

BRACK.—Y oiga usted. ¿Por que no nos hace usted el honor de acompañarnos?

ALBERTO.—(*Con tono breve y resuelto.*) Muchas gracias, me es imposible.

BRACK.—Se hallaría usted entre verdaderos amigos. Además, podría usted llevar consigo el manuscrito y leerlo á Tesman. Se encerraban los dos en una habitación y le aseguro que nadie les molestaría.

TESMAN.—Pues es verdad. ¿Porqué no hacemos eso, Alberto?

HEDDA.— *Interviniendo.*) Pero Tesman, si el señor Loevborg quizá prefiera tomar el té aquí, conmigo.

ALBERTO. —(*Mirándola.*) ¿Con usted señora?

HEDDA —Y con la señora Elvsted.

ALBERTO.—¡Ah! (*Negligentemente.*) La he visto hoy un instante...

HEDDA.—Debe venir dentro de un momento. Debe usted quedarse, además, para acompañarla luego.

ALBERTO.—Con mucho gusto. Muchas gracias.

HEDDA.—Con su permiso. Voy á avísar á la muchacha. (*Se dirige á la puerta del reci-*

bimiento y toca el timbre. Berta aparece. Hablan un instante en voz baja y sale Berta.)

TESMAN.—(*Durante este tiempo dice á Alberto.*) Y apropòsito. Alberto, me ha dicho el librero que pensabas dar una série de conferencias este otoño.

ALBERTO.—Si, tengo esa intención. ¿Te sabe mal?

TESMAN.—No, pero...

ALBERTO.—Pero te contraría ¿verdad?

TESMAN.—(*Abatido.*) ¡Oh, no! Comprendo que no puedo exigirte que renuncies por mi causa...

ALBERTO.—(*Sonriendo.*) No temas, Jorge, no temas. Aguardaré tu nombramiento antes de empezar mis conferencias.

TESMAN.—¿Es posible? ¿No tomarás parte en el concurso?

ALBERTO.—No, no, querido amigo. (*Riendo.*) Me contentaré con triunfar de tí delante de la opinión.

TESMAN.—Oh! ¡Tenía razón tia Julia! ¡Si no era posible! Oye, oye Hedda. Alberto no se interpondrá en nuestro camino.

HEDDA.—¿En *nuestro camino*?

TESMAN.—Sí, no quiere disputarme la plaza de profesor. ¿Qué te parece?

HEDDA.—(*Secamente.*) ¡Qué me importa á mí! Esas son cosas vuestras. (*Se dirige á la salita del fondo, donde Berta prepara el servicio del ponche. Después de haber hablado con Berta entra nuevamente en el salón. Berta sale.*)

Tesman.—(*Durante este tiempo.*) ¿Qué le parece á usted, Brack?

Brack.—Que le felicito á usted por ello.

Hedda.—(*Mirando á Tesman friamente.*) ¿Qué te pasa? Pareces alelado.

Tesman.—Yo no; si estoy contentísimo.

Hedda.—(*Indicando la salita del fondo.*) ¿No quieren ustedes tomar un vaso de ponche?

Tesman.—Tienes razón, Hedda. (*A Alberto*). No sabes el peso que me has quitado de encima. (*A Brack*). Vamos, amigo Brack.

Hedda.—(*A Alberto*). Usted, señor Loevborg, nos acompañará también ¿verdad?

Alberto.—Muchas gracias, yo no tomaré nada.

Brack.—¡Cómo! ¿Ni un vaso de *ponche* frío? ¿Teme usted envenenarse?

Tesman.—¿No quieres ni un sorbo, siquiera?

Alberto.—No, muchas gracias.

Hedda.—En tal caso yo le acompañaré.

Tesman.—Como querais. (*Se dirige con Brack á la sala del fondo, sentándose á la mesa y tomando el ponche y hablando durante la escena siguiente. Alberto en pié delante de la chimenea. Hedda se acerca al escritorio*).

Hedda.—(*En alta voz*). Voy á enseñarle á usted las fotografías que hemos traído de nuestro viaje. Ahora venimos directamente del Tirol. (*Coloca un album sobre la mesa del centro. Alberto se aproxima mirándola fijamente. Luego toma una silla y se sienta á su izquierda, volviendo la espalda á la salita del fondo*).

Hedda.—(*Abriendo el album*). Mire usted este

grupo de montañas. Es el macizo de Ortler. cerca de 4.000 metros de altura.

ALBERTO.—(*Que no ha dejado de mirar fijamente á Hedda, dice en voz baja y lentamente*) ¡¡Hedda Gabler!!

HEDDA.—(*Lanzándole una mirada*) ¡Pchut!

ALBERTO.—(*Repite dulcemente*). ¡¡Hedda Gabler!!

HEDDA.—(*Sin levantar los ojos del album*). Sí; así me llamaba en otro tiempo, cuando nos conocimos los dos.

ALBERTO.—¡Y de hoy en adelante, toda la vida, nadie tiene el derecho de decir Hedda Gabler!

HEDDA.—(*Hojeando el album*). Y debe usted olvidar su costumbre de llamarme así.

ALBERTO.—(*Con triste indignación*). ¡¡Hedda Gabler casada!!! ¡¡¡Casada con Jorge Tesman!!!

HEDDA.—Sí. ¿Quien lo hubiera imaginado, eh?

ALBERTO.—¡Oh, Hedda, Hedda! ¡Como has podido descender...

HEDDA —(*Mirándole severamente*). ¡Oh! eso no. (*Tesman entra y se acerca al sofá*)·

HEDDA.—(*Notando la presencia de Tesman, dice con voz indiferente, señalando el album*). Y esta es una de las vistas del valle de Ampezzo. Fíjese usted en estas crestas de montañas. (*Levantando los ojos y afectuosamente á Tesman*). ¿Cómo digiste que se llamaban estas singulares formaciones de rocas?

TESMAN.—(*Acercándose*). A ver. (*Mirando el album*). Dolomias: rocas dolomíticas.

HEDDA.—Ah, sí. Tienes razón.

TESMAN.—¿Y dí, Hedda, no queréis que os sirva un poco de ponche?

HEDDA.—Sí; traelo. Y algunos bizcochos además.

TESMAN.—¿Cigarrillos no?

HEDDA.—No. (*Tesman se dirige á la salita del fondo y pasa á la derecha. Brack, sin moverse de su sitio, no aparta la vista de Hedda y Alberto*).

ALBERTO.—(*Con voz contenida*). Respóndeme, Hedda. ¿Como has podido abandonarte hasta este punto?

HEDDA.—(*Sin levantar los ojos del album*). Si continúa usted tuteándome no le responderé.

ALBERTO.—¿No puedo tutearla ni hallándonos solos?

HEDDA.—No. Tuteeme usted de pensamiento, pero no quiero oirlo.

ALBERTO.—Ah, ya comprendo. Eso ofendería su amor por Tesman, ¿verdad?

HEDDA.—(*Lanzándole una mirada y sonriendo*). ¿Mi amor? ¡No me haga usted reir!

ALBERTO.—¿De modo que no le ama usted?

HEDDA.—Ni le amo... ni le seré infiel.

ALBERTO.—Una sola pregunta, Hedda.

HEDDA.—Pchut. (*Tesman aparece con una bandeja y vasos con ponche, que deja sobre la mesa*).

TESMAN.—Aquí está todo.

HEDDA.—¿Porque no nos sirves tú mismo?

TESMAN.—*(Llenando los vasos)*. Ya sabes Hedda que mi mayor gusto es servirte.

HEDDA.—Has llenado los dos vasos y el señor Loevborg no quiere tomar ponche.

TESMAN.—Ya lo sé; pero la señora Elvsted no tardará en llegar.

HEDDA.—Ah, es verdad.

TESMAN.—¿La habías olvidado, eh?

HEDDA.—Estábamos tan distraídos con esto *(señalando el album)*. Dí, ¿te acuerdas de este pueblecillo? *(señalándolo)*.

TESMAN.—Ya lo creo; está á la entrada de Brenner. Allí fué donde pasamos la noche.

HEDDA.—Y donde hallamos una banda de viajeros, festejando no sé qué.

TESMAN —Sí, es verdad. Si tú hubieses estado allí con nosotros, Alberto. *(Se dirige hacia el fondo, entablando de nuevo la conversación con Brack)*.

ALBERTO.—Una sola pregunta, Hedda.

HEDDA.—¿Cual?

ALBERTO—¿En sus relaciones conmigo, en nuestra intimidad, no había tampoco una sombra siquiera de amor?

HEDDA.—¿Quien es capaz de asegurarlo? Eramos dos buenos compañeros. Dos amigos íntimos. *(Sonriendo)*. Lo que le distinguía á usted sobretodo era su gran franqueza.

ALBEBTO.—Usted la exigía de mí.

HEDDA.—Cuando ahora pienso en ello, me parece que había algo de hermoso, de se-

ductor, de originalmente valeroso en aquella intimidad secreta, en aquella amistad nuestra que nadie sospechaba.

ALBERTO.— ¿Verdad, Hedda? ¿Las recuerda usted aquellas tardes, juntos los dos, mientras su padre, el general, leía los periódicos vuelto de espaldas y sentado delante de la ventana?

HEDDA.—Sí; nos sentábamos siempre en el sofá.

ALBERTO.—Siempre con el mismo periódico ilustrado sobre las rodillas.

HEDDA.—Sí, á falta de un album.

ALBERTO.—¡Oh Hedda! Y el día en que le confié á usted todas mis locuras! Cuando le conté lo que á todo el mundo ocultaba, todas mis aventuras, todos mis vicios, toda mi vida de disipación y desarreglo. ¡Oh Hedda! ¿Qué poder tenía usted sobre mí para obligarme á semejantes confesiones?

HEDDA.—¿De modo que está usted convencido de que ejercía un poder sobre usted?

ALBERTO.—No puede explicarse de otro modo. Las preguntas indirectas que usted me dirigía, por ejemplo...

HEDDA.— Y que usted comprendía al momento...

ALBERTO.—¿Como se atrevía usted entonces con tanta audacia á provocar mis atrevidas confidencias?

HEDDA.—Las provocaba indirectamente.

ALBERTO.—Sí; pero con un atrevimiento inexplicable. Me parece mentira que me obligase á que le relatase tales cosas.

HEDDA.—¿Y no era atrevimiento en usted el responderme?

ALBERTO.—Eso es lo que no he acertado nunca á comprender. ¿No cree usted, Hedda, que había algo de amor en el fondo de aquella intimidad nuestra? ¿No era acaso el deseo de purificarme que animaba á usted cuando yo acudía, como para pedirle un refugio, á hacerle mis confesiones? ¡Oh si! Ese debía ser su deseo...

HEDDA.—¡Oh, no! No lo crea usted.

ALBERTO.—Entonces. pues, ¿qué sentimiento la impulsaba á obrar de aquel modo?

HEDDA.—¿Le parece á usted tan extraordinario que una muchacha tenga curiosidad por conocer lo que precisamente le está prohibido?

ALBERTO.—¿Era, pues, sólo curiosidad?

HEDDA.—Así lo creo, al menos.

ALBERTO.—¡Curiosidad por saber de la vida! ¿Y porqué no continuó nuestra familiarídad?

HEDDA.—De usted fué la culpa.

ALBERTO.—Nuestro rompimiento fué obra de usted.

HEDDA.—Sí; cuando hubo peligro inminente de que nuestra intimidad se hiciese demasiado real. Vergüenza para usted, Alberto Loevborg, por haber atentado contra... su audaz compañera.

ALBERTO.— ¡Oh! ¿Porqué no cumplió usted entonces su amenaza? ¿Porqué no disparó usted sobre mí aquel día?¡

HEDDA.—¡Tuve miedo al escándalo!

ALBERTO.—Sí, Hedda, es usted cobarde en el fondo.

HEDDA.—¡Horriblemente cobarde! (*Cambiando de tono.*) Lo cual fué una verdadera suerte para usted. Sobre todo, ahora que ha encontrado usted tan cariñosos cuidados en casa de los Elvsted.

ALBERTO.—Sí, ya sé que Thea se lo ha confiado todo.

HEDDA.—¿Y usted no le ha hecho ninguna confidencia respecto á mí?

ALBERTO.—Oh, no. Thea es demasiado boba.

HEDDA.—¿Boba?

ALBERTO.—Sí, para comprender ciertas cosas.

HEDDA.—¡Y yo cobarde! (*Se inclina hacia él y dice en voz más baja sin mirarle.*) Ahora soy yo quien debe hacerle á usted una confidencia.

ALBERTO.—(*Con viveza.*) ¿Respecto...?

HEDDA.—A cuando no tuve valor para matarle á usted.

ALBERTO.—¿Se arrepiente usted de su falta de valor?

HEDDA.—No. Creo que aquella no fué mi mayor cobardía... aquella noche...

ALBERTO.—(*La mira un instante y comprendiendo el sentido de sus palabras, dice bajo y con gran pasión.*) ¡Oh, Hedda! ¡Hedda Gabler! Ahora siento cuanto latía en el fondo de nuestra amistad... Tú eras mía, mía... Sentías cómo yo la vida!...

HEDDA.—(*Bajo mirándole fijamente.*) ¡Silencio! ¡No crea usted nada de todo eso! (*Empieza

á anochecer. Berta abre la puerta del recibimiento.)

HEDDA.—*(Cierra vivamente el album y levantándose grita sonriendo.)* Finalmente ¡Thea! Entra querida mía, entra...

ESCENA VI

Los mismos y THEA

(Entra Thea por la puerta del vestíbulo)

HEDDA.—*(Tendiéndole los brazos desde el sofá.)* Al fin llegaste! ¡No puedes imaginar querida Thea, con que impaciencia te esperaba! *(Thea al pasar saluda ligeramente á Tesman y Brack, que están en la habitación del fondo. Después se acerca á Hedda y le estrecha la mano Alberto se ha levantado. Se saludan con una inclinación de cabeza él y Thea.)*

THEA.—Voy á saludar á tu marido.

HEDDA.—No hay necesidad. Déjales con su ponche. Pronto se marcharán.

THEA.—¿Se van?

HEDDA.—Sí; están de fiesta.

THEA.—*(Con viveza á Alberto.)* Supongo que no irá usted con ellos.

ALBERTO.—No.

HEDDA.—El señor Loevborg nos hará compañía.

THEA.—*(Coge una silla y se sienta al lado de Alberto.)* ¡Qué bien estoy aquí!

HEDDA.—No, no, no. No te sientes ahí. Aquí, á mi lado los dos.

THEA.—Como tú quieras. *(Da la vuelta á la mesa y se sienta en el sofá, junto á Hedda. Alberto continúa en el sitio que ocupaba.)*

ALBERTO.—*(A Hedda, después de un momento de silencio.)* ¡Verdad que es un encanto contemplarla?

HEDDA.—*(Acariciando los cabellos de Thea.)* ¿Contemplarla... solamente?

ALBERTO.—Sí. Thea y yo somos dos verdaderos compañeros que el uno tiene fé absoluta en el otro. Por este motivo podemos estar juntos y hablar con entera libertad.

HEDDA.—¿Sin indirectas nunca, verdad?

ALBERTO.—¡Por Dios, señora!...

THEA.—*(Con dulzura, arrimándose á Hedda.)* ¡Qué feliz soy, Hedda! Calcula que ha llegado á decir que soy yo quien le ha inspirado.

HEDDA.—¿De veras? ¿Ha dicho eso?

ALBERTO.—Y si viera usted, señora Tesman, lo valerosa que es en los momentos de lucha.

THEA.—¡Yo valerosa!

ALBERTO.—Sí, mucho, cuando el compañero entra en el palenque.

HEDDA.—¡Valor! Si yo lo tuviese...

ALBERTO.—¿Qué?

HEDDA.—Entonces podría soportarse la vida. *(Cambiando de tono repentinamente.)* Querida Thea, debieras tomar un vaso de ponche.

THEA.—Muchas gracias, no acostumbro.

HEDDA.—Pues lo tomará el señor Loevborg.

ALBERTO.—Gracias. Hace tiempo que no lo pruebo.

THEA.—Es cierto; ni lo prueba siquiera.

HEDDA.—*(Mirándole con fijeza.)* ¿Y si yo lo quisiera?

ALBERTO.—Sería lo mismo.

HEDDA.—*(Sonriendo.)* Está visto que yo no ejerzo sobre usted ni la más pequeña influencia.

ALBERTO.—En este punto no.

HEDDA.—Pues, hablando seriamente, debiera usted aceptar mi ofrecimiento.

THEA.—¡Oh, Hedda!

HEDDA.—Debiera usted aceptarlo... por los demás y hasta por usted mismo.

ALBERTO.—¿Qué quiere usted decir?

HEDDA.—Para que nadie pueda suponer que no se *atreve* usted... que no está usted muy seguro de sí mismo.

THEA.—*(Bajo á Hedda.)* ¡Oh! ¡Pero, Hedda!

ALBERTO.—Poco me importa lo que puedan suponer...

THEA.—*(Con alegría.)* ¿Verdad?

HEDDA.—Se me ha ocurrido, por la cara que ha puesto hace un momento el asesor Brack.

ALBERTO.—¿El asesor?...

HEDDA.—Sí Me ha parecido que sonreía con cierta ironía cuando no se ha *atrevido* usted á sentarse con ellos.

ALBERTO.—¿Que no me he *atrevido?* No hay tal. He preferido simplemente permanecer con usted

THEA.—Es natural... Hedda.

HEDDA.—Sí, claro. Pero el asesor no lo ha interpretado así. Y ha sonreído también cambiando una mirada con Tesman cuando tampoco se ha atrevido usted á aventurarse en la fiesta que tienen esta noche preparada.

ALBERTO.—¿Dice usted que no me he atrevido?...

HEDDA.—No es que yo lo crea. Digo que el asesor Brack ha interpretado así su negativa...

ALBERTO.—¡Ah! No me importa.

HEDDA.—¿De modo que no irá usted?

ALBERTO.—No. Permaneceré aquí con usted y con Thea.

THEA.—Sí, Hedda, si, ¿te extraña acaso?

HEDDA.—*(Sonriendo y moviendo la cabeza con signos de aprobación.)* ¡Bravo! Así debe ser un hombre. Firme y duro como una roca. Inquebrantable en sus principios... *(Dirigiéndose á Thea y acariciándola.)* ¿Ves tú, como tenía yo razón esta mañana cuando viniste inquieta y azorada por él?

ALBERTO.—*(Levantándose.)* ¿Qué dice usted?

THEA. — *(Suplicante.)* ¿Hedda?, ¿por Dios... Hedda?

HEDDA.—Ves tú, tontuela, como no había motivo para estar tan angustiada por Alberto?

ALBERTO.—¿Qué quiere usted decir? señora Tesman?

THEA.—¡Por Dios Hedda' ¡Por Dios! ¿Qué dices?...

HEDDA.—Tranquilízate querida. El asesor te está observando y...

ALBERTO.- ¿Angustiada por mí? *(Mira fijamente á Thea y dice después de una pausa.)* ¿Tan poca confianza te merezco?

THEA.—*(Suplicante.)* No Alberto, yo te explicaré...

ALBERTO.—*(Nervioso coge uno de los vasos llenos de ponche, y levantándolo dice en voz ronca.)* A tu salud, Thea. *(Lo bebe de un solo sorbo y lo deja encima la mesa.)*

THEA.—*(En voz baja.)* Oh Hedda! ¡Hedda! ¿Es eso lo que querías?

HEDDA.—¿Yo? ¡Pero estás loca!

ALBERTO.—Y á la salud de usted, ahora. señora Tesman. Y gracias por haber dicho la verdad. ¡Viva siempre la verdad! (*Bebe otro vaso é intenta llenarlo de nuevo.*)

HEDDA.—(*Deteniéndole el brazo.*) Basta ahora. No olvide que debe usted ir á la fiesta de esta noche.

THEA —¡Oh! ¡no, no!

ALBERTO.—(*Dejando el vaso.*) Escucha, Thea. Dime la verdad...

THEA.—¿Qué?

ALBERTO.—¿Sabía tu marido que partías para seguirme?

THEA.— ¡Oh, Hedda!...

ALBERTO.—Te pusiste de acuerdo con él y me

has seguido para espiar y vigilar todas mis acciones. ¿Es quizás tu marido mismo quien te ha obligado á ello? ¡Claro! Yo hacía falta en su despacho, y le hacía falta para echar una partida de juego ¿verdad?

THEA.—(*Con desesperación.*) ¡Oh Alberto! ¡Alberto!

ALBERTO.—(*Cogiendo un vaso.*) A la salud del viejo juez de paz!

HEDDA. — (*Con un gesto para impedirle que beba.*) ¡Basta! Recuerde usted que ha prometido á Tesman que le leería parte de su libro.

ALBERTO.—(*Con calma.*) Tiene usted razón. Perdóname, Thea. Confieso que he obrado mal... Mi querida Thea, perdóname. Tú verás, y verán todos como he sabido regenerarme... Gracias á tí, Thea...

THEA.—(*Con alegría.*) ¡Oh, Alberto! (*Durante este tiempo* Brack *ha mirado el reloj. Tesman y él se levantan y entran en el salón.*)

BRACK.—(*Cogiendo el sombrero y el gaban*). Señora Tesman, debemos abandonar á ustedes.

HEDDA.—¿Es ya la hora?

ALBERTO.—(*Levantándose*). Yo salgo con ustedes, señor asesor.

THEA.—(*Bajo y suplicante*). Alberto, por Dios no vayas.

HEDDA.—(*Cogiendo el brazo á Thea*). ¿No ves que te están observando?

ALBERTO.—(*A Brack*). Abusaré quizás de su amabilidad...

BRACK.—¿Viene usted con nosotros?... ¿Es usted de los nuestros?...

ALBERTO.—Tendré un verdadero gusto...

BRACK.—Yo soy quien le quedaré muy reconocido.

ALBERTO.—*(A Tesman, guardando el manuscrito en el bolsillo).* Quiero leerte algún fragmento del libro antes de darlo á la imprenta.

TESMAN.—¡Bravo! Te lo agradeceré infinito... Pero, dí Hedda! ¿Quien acompañará á la Sra. Elvsted?...

HEDDA —No te inquietes por ello. Ya nos arreglaremos.

ALBERTO.—*(Volviéndose hacia las dos señoras).* Yo volveré á buscar á la Sra. Elvsted y la acompañaré. *(Acercándose á Hedda).* A las diez, verdad, señora Tesman, le parece á usted?

HEDDA.—Sí, Perfectamente.

TESMAN.—Ya está todo arreglado ¿eh? A mi no me aguardes Hedda ¿eh? Vendré quizás un poco más tarde.

HEDDA.—Sí, sí, puedes regresar á la hora que quieras.

THEA.—*(Con cierta ansiedad).* Le aguardaré á usted ¿verdad, señor Loevborg?

ALBERTO.—Si, señora Elvsted...

BRACK.—¿Nos vamos, pues?...

TESMAN.—Cuando usted quiera...

BRACK.—Pues en marcha hacia mi casa, hacia mi solitaria casita que llama antro de perdición una distinguida dama á quien conozco.

HEDDA.—¡Ah! Si esa distinguida dama pudiese hacerse invisible y trasponer los umbrales de su casa. .

BRACK.—¿Invisible? ¿Y para qué?

HEDDA.—Para oirles á ustedes cuando estará más animada la reunión.

BRACK.—*(Sonriendo)*. Crea usted que no se lo aconsejaría yo entonces.

TESMAN.—*(Sonriendo tambien)*. Brack no gusta de que se sepan sus secretos...

BRACK.—*(Saludando á Thea)*. ¡Señora!... Señora Tesman.

ALBERTO.—*(Despidiéndose)*. A las diez en punto...

(Brack, Alberto y Tesman salen. Al mismo tiempo Berta entra por el cuarto del fondo con una lámpara encendida que deja encima la mesa. Se marcha luego por la misma puerta).

ESCENA VII

HEDDA y THEA

THEA.—*(Se ha levantado y dá algunos pasos con manifiesta inquietud)*. ¡Hedda! ¡Hedda! Dios quiera que termine bien esta fiesta.

HEDDA.—¿Qué temes? A las diez regresará á buscarte. Me parece verle ya llegar, coronado de pámpanos, intrépido y satisfecho..

THEA.—Oh, Dios lo quiera...

HEDDA.—Y entonces, tú verás, dueño de sí mismo, será un hombre verdaderamente regenerado y libre.

THEA.—Ojalá sea como tú dices!

HEDDA.—Y asi será, no lo dudes. (*Se levanta y se acerca á Thea*). Tú desconfías de él todavía. Yo por el contrario estoy segura de lo que digo. Verás si tengo razón.

THEA —(*Mirándola fijamente*). ¡Hedda! Tú no me dices todo lo que piensas... ¿Cual ha sido tu objeto?...

HEDDA.—Sí; es verdad. Quiero, una vez en mi vida, influir en un destino humano.

THEA.—¿Una vez en tu vida? ¿No ejerces dominio ninguno sobre nadie?...

HEDDA.—No. Nunca lo he logrado.

THEA.—¿Ni sobre tu marido?...

HEDDA.—No, ni vale la pena... ¡Oh! Si tú pudieses comprender cuan miserable soy... y tú en cambio... (*Le echa los brazos al cuello como para acariciarla pero convulsivamente*). ¡Oh! Siento que me gustaría todavía quemarte los cabellos...

THEA —¡Déjame, Déjame! ¡Me das miedo, Hedda!

BERTA.—(*Apareciendo*). Señora! He servido el té en el comedor.

HEDDA.—Está bien. Allá vamos.

THEA.—No, no. Me iré sola. Enseguida.

HEDDA.— ¿Porqué, tontuela? No, no, tienes que tomar el té conmigo. (*La coge por las manos energicamente*). Y luego, á las diez, llegará Alberto Loevborg coronado de pámpanos!...

(*La obliga casi á la fuerza, medio arrastrándola á ir con ella hacia el comedor*).

TELÓN



ACTO TERCERO

La misma decoración. Las cortinas de la puerta del fondo y las de la terraza deben estar corridas. La chimenea estará encendida.

ESCENA PRIMERA

HEDDA y THEA

(Thea envuelta en un grán chal, los pies en un taburete y recogida en el sillon situado cerca de la chimenea. Hedda duerme tendida en el sofá y envuelta en un recio abrigo.)

(Momento de silencio).

THEA.—*(Incorporándose y escuchando atentamente. Despues de un instánte se deja caer de nuevo en el sillón con desaliento).* ¡Dios mío! ¡Dios mío! *(Berta entra lentamente andando de puntillas. Lleva una carta en la mano).*

THEA.—¿Ha venido alguien?

BERTA.—*(En voz baja).* Han traído esta carta.

THEA.—*(Tendiendo la mano con viveza)*. ¡Deme usted!

BERTA.—Es para el señorito.

THEA —¡Ah!

BERTA.—La ha traído la muchacha de las señoritas Tesman. La dejo sobre la mesa.

THEA —Bien, sí.

BERTA.—¿Le parece á usted que apague la lámpara?

THEA.—Sí. ¡Ya casi es de día! ¡Y todavía no ha vuelto!

BERTA.—Ya temía yo que sucedería eso.

THEA —Porqué?

BERTA. —Cuando he sabido que se hallaba entre nosotros ese señor, he supuesto lo que ocurriría.

THEA.—No hable usted tan alto; despertará á Hedda.

BERTA.—¡Pobre señora! ¿Le parece á usted que avive el fuego?

THEA —No, gracias, por mí no hay necesidad.

BERTA.— Como usted quiera. *(Sale lentamente.)*

HEDDA.—*(Despertando)*. ¿Qué hay?

THEA.—Nada; era la muchacha.

HEDDA.—*(Mirando alrededor.)* ¿Pero, qué ha pasado? ¡Ah, sí, ahora recuerdo! *(Incorporándose y frotándose los ojos)*. ¿Qué hora es, Thea?

THEA.—*(Mirando el reloj)*. Más de las siete.

HEDDA.—¿A qué hora ha vuelto Tesman?

THEA.—No ha vuelto aún. Ni él ni Alberto.

Hedda.—Y nosotras velando hasta las cuatro para esperarles.

Thea.—¿Tú has podido dormir?

Hedda.—Sí. ¿Tú no?

Thea.—Ni un solo instante; me ha sido imposible pegar los ojos.

Hedda.— *(Levantándose y dirigiéndose hacia ella)*. No te inquietes por ello; supongo ya lo que habrá pasado.

Thea.—¿Qué quieres decir?

Hedda.—Habrán permanecido hasta muy tarde en casa del asesor.

Thea.—Sí, pero ¡Dios mio!... luego...

Hedda.—Luego, Tesman no habrá querido regresar por no molestarme *(Sonriendo)*. Quizá se habrá dado vergüenza, después de una noche de fiesta.

Thea.—¿Y en tal caso, donde estará ahora?

Hedda.—Habrá ido á dormir á casa de sus tías.

Thea.—No, hace un momento han traído una carta para él de parte de las señoritas Tesman. Mírala, ahí está.

Hedda.—*(Mirando el sobre)*. Sí, es letra de tía Julia. En tal caso se habrá quedado en casa del asesor y en este momento Alberto Loevborg, coronado de pámpanos, debe estar leyéndole su manuscrito.

Thea.—Oh, no; tú no crees lo que dices.

Hedda.—Pero, que manía la tuya; sientes inquietud por todo.

Thea.—Desgraciadamente me inquieto con razón.

HEDDA.—*(Mirándola.)* Y toda la noche sin dormir. Apenas te sostienes.

THEA.—Sí; estoy muy cansada.

HEDDA.—Mira, entra en mi cuarto y acuéstate...

THEA.—No, no podria dormir.

HEDDA —Pero descansarás al menos.

THEA.—No, prefiero aguardar; no tardará en llegar tu marido y entonces sabremos lo ocurrido.

HEDDA —Vete á descansar y en cuanto llegue te avisaré.

THEA.—Oh, Hedda, ¿me lo prometes?

HEDDA.—Si, tontuela, si. Ve á dormir entretanto.

THEA.—Gracias, Hedda. *(Se levanta y sale por el fondo)*

ESCENA II

HEDDA Y TESMAN

(Hedda se acerca á la puerta vidriera y descorre la cortina. Penetra el sol en el salón. Luego se dirige á uno de los estantes y cogiendo un espejo de mano se arregla los cabellos. Enseguida se dirige hacia la puerta del recibimiento y toca el timbre. Después aparece Berta.)

BERTA.—¿Llamaba la señora?

HEDDA.—Sí; ponga usted leña en la chimenea.

BERTA.—*(Va á hacerlo y deteniéndose de pronto dice.)* Han llamado en la puerta de la calle.

HEDDA.— Vaya á abrir enseguida; avivaré el fuego yo misma. *(Sale Berta. Hedda arrodillada ante la chimenea echa leña al fuego. Un instante después aparece Tesman. Tiene el aspecto cansado y entra de puntillas procurando escurrirse.)*

HEDDA.—*(Sin levantar los ojos ni volver la cabeza.)* Buenos días.

TESMAN.—*(Volviéndose hacia élla.)* Oh, Hedda, ¿levantada tan de mañana?

HEDDA.—Sí; hoy madrugamos todos.

TESMAN.—Creí encontrarte en la cama durmiendo tranquilamente.

HEDDA.—No grites. La señora Elvsted está durmiendo en mi cama.

TESMAN.—¡Cómo! ¿Ha pasado aquí la noche?

HEDDA —Sí; nadie se ha acordado de venir por ella.

TESMAN. —Es verdad.

HEDDA.—*(Levantándose.)* Y qué tal? ¿Os habéis divertido en casa del asesor?

TESMAN.—¿Estabas intranquila por mí, Hedda?

HEDDA.—No, no por cierto. Pregunto si os habéis divertido.

TESMAN.—Sí... sí... sobre todo al principio, mientras Alberto leía. Figúrate que hemos llegado más de una hora antes de estar dispuesta la comida y durante ese tiempo Alberto me ha leido algunos fragmentos de su libro.

HEDDA.—¿Y qué tal? Dí; cuenta.

TESMAN.— *(Sentándose.)* No puedes imaginarte la importancia de su obra. Induda-

blemente es uno de los mejores libros que se han escrito. Confieso que después de la lectura me ha asaltado una mala idea.

HEDDA.—¿A tí?

TESMAN.—Sí; he sentido envidia de Alberto. ¡Qué hermoso libro!

HEDDA.—¡Qué me importa á mí!

TESMAN.—Y pensar que un hombre dotado de tan poderosa inteligencia no logrará corregirse nunca.

HEDDA.—¿Querrás decir que siente la vida con mayor ardor que los demás?

TESMAN.—¡Oh, no! pero no tiene continencia ante los placeres.

HEDDA.—¿Qué ha pasado, pues? ¿Cómo ha terminado la velada?

TESMAN.—No puedes imaginarlo: en una verdadera bacanal.

HEDDA.—¿Llevaba la cabeza coronada de pámpanos?

TESMAN.—¡Oh, no! Pero se le ha ocurrido pronunciar un extravagante discurso, brindando por la mujer que, según ha dicho, le ha inspirado su trabajo.

HEDDA.—¿Ha nombrado á esa mujer?

TESMAN.—No; pero supongo que se refería á la señora Elvsted.

HEDDA.—¿Cuando te has separado de él?

TESMAN.—En la calle; al regresar. Hemos sido los últimos en salir. Brack salió con nosotros, y juntos acompañamos á Alberto, que bien lo necesitaba.

HEDDA.—Lo supongo.

TESMAN.—Y no sabes todavía lo más grave.

HEDDA.—¿Pues, qué ha ocurrido?

TESMAN.—Me da vergüenza por Alberto. Figúrate que á los pocos momentos de andar ¿qué dirías que hallé en el suelo?

HEDDA.—¡Qué sé yo!

TESMAN.—Por Dios, no se lo cuentes á nadie. *(Sacando del bolsillo un manuscrito y mostrándolo.)* Mira.

HEDDA.—¿El manuscrito que ayer nos enseñó?

TESMAN.—Justo; su precioso, su irreemplazable manuscrito. Lo había perdido sin darse cuenta de ello. ¿Qué te parece?

HEDDA.—¿Y porqué no se lo has devuelto en seguida?

TESMAN.—No me he atrevido; tú no sabes en qué estado se hallaba.

HEDDA.—(*Despues de una pausa*). ¿No has hablado de ello á nadie?

TESMAN.—No; por consideración al propio Alberto.

HEDDA.—¿De manera que nadie sabe que tengas ese manuscrito?

TESMAN.—Absolutamente nadie.

HEDDA.—¿Y después no has hablado con él?

TESMAN.—No; le perdimos de vista al poco rato. Desapareció con dos ó tres que le acompañaban á su casa.

HEDDA.—¿Y tú porqué no has regresado enseguida?

TESMAN.—Quiso de todas maneras uno de los compañeros que fuésemos á su casa á to-

mar café. ¡Pobre Alberto! Luego que haya descansado un rato iré á devolverle el manuscrito.

HEDDA.-*(Alargando la mano hacia el manuscrito)*. No, no se lo devuelvas Tan pronto... quiero decir. Déjame que lo lea primero..

TESMAN —No, no puede ser, Hedda.

HEDDA.—¿Porqué no puede ser?

TESMAN —Imagina su desesperación cuando al despertar echará de menos su obra. El mismo me ha dicho que no tenía siquiera una copia.

HEDDA.—*(Mirándole fijamente)*. ¿Tú crees que no podria rehacerla? ¿Que una obra semejante no puede escribirse dos veces?

TESMAN.—Es imposible Figurate ¡la inspiración!...

HEDDA.—Tienes razón. *(Negligentemente)*. Han traído esa carta para tí.

TESMAN.—Es de tía Julia. *(Deja el manuscrito en uno de los taburetes y lee la carta)*. ¡Oh, Hedda! La pobre tía Rina está muy grave.

HEDDA.—Ya era de prever.

TESMAN —Dice que no hay ninguna esperanza y que me apresure si quiero abrazarla por última vez.

HEDDA.—*(Sonriendo malignamente)*. ¿Vas á ir enseguida?

TESMAN.—Sí, sí, al instante. *(Con cierta timidez)* ¿Si tú quisieras acompañarme? ¡Pobre tía Rina!

HEDDA.—*(Levantándose y con resolución)*. No, no, no me pidas eso. No puedo ver sufri-

mientos, ni la muerte. Me repugna todo lo que no es bello.

TESMAN.—Bueno; como quieras. Mi sombrero, mi gabán. Ah, están en el recibimiento. Dios mio, que al menos llegue á tiempo!

HEDDA.—Ve, ve corriendo. (*Berta aparece*).

BERTA.—El señor Brack pregunta si puede pasar.

TESMAN.—¡Oh! no puedo recibirle ahora.

HEDDA.—Yo le recibiré. (*A Berta*). Digale que pase. (*Váse Berta*).

HEDDA.—Tesman: el manuscrito (*Cogiéndolo*).

TESMAN.—Ah. sí, trae.

HEDDA.—No. yo lo guardaré entre tanto. (*Se acerca al escritorio y esconde el manuscrito entre los libros de uno de los estantes*).

ESCENA III

HEDDA, TESMAN y BRACK

HEDDA.—(*En el momento que entra Brack*). Madruga usted como los pájaros, amigo Brack.

BRACK.—Ya sabe usted lo del refrán: quien madruga... (*A Tesman*). Usted tambien es madrugador, amigo Tesman. (*Se saludan*).

TESMAN.— Dispénseme usted, amigo Brack, pero he de ir enseguida á casa de mis tías. Figúrese que la pobre tia Rina está moribunda.

BRACK.—¡Pobre señora! No se entretenga usted por mi! no haga cumplidos.

TESMAN.—Usted me dispensará ¿eh? *(Le dá la mano)*. Adios, Hedda. (*Sale precipitadamente*).

HEDDA —(*Acercándose á Brack.*) Parece que no han estado ociosos esta noche en su casa.

BRACK.—Confieso á usted que no me he acostado todavía.

HEDDA —¡Còmo! ¿Usted tampoco?

BRACK.—¿Qué le ha contado á usted Tesman?

HEDDA.—Nada en detalle. Qué habían ido á tomar café no sé donde.

BRACK.—Sí; ya sé. Pero supongo que no les acompañó Alberto Loevborg.

HEDDA.—No; antes le condujeron á su casa.

BRACK.—¿Tesman también?

HEDDA.—Ha dicho que le acompañaron otros amigos.

BRACK.—*(Sonriendo.)* Jorge Tesman es el hombre más ingénuo y confiado de este mundo.

HEDDA —¿Qué? ¿Ocurrió algo más?

BRACK.—Si y no.

HEDDA.—Siéntese usted, amigo Brack y cuénteme lo que ocurrió.

BRACK.—En primer lugar, tenía anoche mis motivos para observar á mis invitados; mejor dicho, á algunos de mis invitados.

HEDDA.—¿A Alberto entre estos, eh?

BRACK.—Sí; francamente.

HEDDA.—Excita usted mi curiosidad.

BRACK.—¿Sabe usted dónde han pasado la noche Alberto y alguno de los que le acompañaban?

HEDDA.—Si puede decirse, no se quede usted con el secreto.

BRACK.—Ya lo creo que puede decirse. Y que con seguridad no se han aburrido.

HEDDA.—Cuente usted, Brack, cuente.

BRACK.—Loevborg había sido invitado á una reunión, pero excusó su asistencia. Ya sabe usted que pretendía haberse regenerado.

HEDDA.—Sí; en casa de los Elvsted se realizó el milagro. ¿Pero por fin se dejó convencer ¿eh?

BRACK.—Sí, estando en mi casa se le antojó faltar á sus propósitos.

HEDDA.—¿De modo que finalmente Loevborg...?

BRACK.—En una palabra: toda su regeneración ha sucumbido ante la señorita Diana.

HEDDA —¿Ante la señorita Diana?

BRACK.—Ante la señorita Diana, que daba la fiesta á la cual concurrió Alberto.

HEDDA.—¿Esa Diana es una mujer de cabellos rojos?

BRACK.—Justamente.

HEDDA.—¿Artista de canto, creo?

BRACK.—Sí; cantante ó cantadora... una verdadera Diana, una Diana cazadora, dedicada á la caza del hombre. ¿Usted no sabía que Alberto Loevborg fué en sus buenos tiempos uno de sus más asiduos protectores?

HEDDA.—¿Y qué ha ocurrido allí?

BRACK.—El final de la velada ha sido verdaderamente imprevisto. La señorita Diana,

después de mostrarse amable con todos, acabó por enfurecerse de mala manera.

HEDDA.—¿Contra Alberto?

BRACK.—Si. Pretendió que él ó sus compañeros le habian robado una cartera y qué sé yo que más. Resultado final: que tuvo que intervenir la policía.

HEDDA.—¿La policía?

BRACK.—Y que puede costarle un verdadero disgusto á Alberto Loevborg.

HEDDA.—¿A él solo?

BRACK.—Parece que no sólo se resistió contra los agentes, sino que hasta agredió á uno de ellos, obligándoles á que le llevaran preso.

HEDDA.—¿Y usted como lo ha sabido?

BRACK.—Me lo ha contado el comisario.

HEDDA. — (*Mirando fijamente abstraída.*) De modo que no le han coronado de pámpanos. (*Cambiando de tono.*) ¿Y cual ha sido su objeto al preocuparse tanto de Alberto Loevborg hasta seguirle la pista?

BRACK.—En primer lugar, no me podía ser indiferente que pudieran envolverme en un proceso, pues Loevborg había pasado la mitad de la noche en mi casa.

HEDDA.—¿Y cree usted que le procesarán?

BRACK.—Es probable. Además, he creído deber mío, como amigo de esta casa, darles cuenta á usted y á Tesman de la conducta de Alberto Loevborg.

HEDDA.—¿Qué quiere usted decir?

BRACK.—Porque no quisiera tampoco que les hicieran servir á ustedes de pantalla.

HEDDA.—¡Oh, qué idea!

BRACK.—Querida Hedda, crea usted que no estamos ciegos. Esté usted segura que la señora Elvsted no regresará á su casa tan pronto como dice.

HEDDA.—¡Oh! Si hubiera algo entre ellos, no necesitarían de esta casa para verse.

BRACK.— Ciertamente. Pero crea usted que desde hoy ninguna familia que se respete recibirá en su casa á Alberto Loevborg.

HEDDA.—¿Y yo debo hacer lo mismo, eh? Es esto lo que quiere usted decir?

BRACK.—Confieso que me causaría muy mal efecto ver de nuevo á Loevborg en esta casa... La presencia de ese perdido en...

HEDDA.—En el triángulo ¿eh?

BRACK.—Con harto sentimiento mio equivaldría para mi á la pérdida de mis mejores amigos.

HEDDA.—*(Mirándole y sonriendo malignamente.)* ¡Oh! Quiere usted ser el único gallo del gallinero... ¿Es este su objeto, verdad?

BRACK.—*(Bajando la cabeza lentamente.)*

HEDDA.— *Con seriedad.)* Debe usted ser un hombre peligroso, Brack, cuando se empeña usted en una partida.

BRACK.—¿Cree usted lo que dice?

HEDDA.—Empiezo á creerlo... y me doy por muy dichosa con que no me tenga usted entre sus garras.

BRACK.—*(Sonriendo)*. Quizás tenga usted razón, pero no fie usted demasiado en mi, porque puede darse ese caso.

HEDDA.—Amigo Brack; eso es casi una amenaza.

BRACK.—(*Levantándose*). Nada de eso. Para que el triángulo se halle solidamente formado es necesario ante todo el mútuo consentimiento.

HEDDA.—Este es tambien mi parecer.

BRACK.—Y ya que le he relatado cuanto debía, la abandono á usted, amiga Hedda. (*Se dirige á la puerta vidriera*).

HEDDA.—¿Va usted á salir por el jardín?

BRACK.—Me ahorra camino.

HEDDA.—Y además es usted aficionado á las puertas de escape, ¿verdad?

BRACK.—Sí, tienen cierto encanto.

HEDDA.—Y cierto peligro. A veces se expone uno á los tiros del guardian.

BRACK.—(*Desde la puerta, sonriendo*). No hay cuidado: á los gallos caseros no se les hace fuego.

HEDDA.—(*Riendo tambien*). Sobre todo cuando nó hay más que uno en el gallinero. (*Sale sonriendo y cierra la puerta*).

ESCENA IV

HEDDA, LOEVBORG y THEA

(Hedda queda un instante pensativa é inmovil, mirando fijamente al jardín. Dirígese luego al escritorio, retira el manuscríto de Loevborg de entre los libros y se dispone á hojearlo. Se oye hablar á Berta en el recibimiento. Hedda se

detiene, escuchando, y de pronto esconde el manuscrito en uno de los cajones del escritorio).

(Alberto Loevborg, con gabán puesto y el sombrero en la mano abre violentamente la puerta del recibimiento. Parece ligeramente turbado y muy excitado).

ALBERTO.—*(Con la cabeza vuelta hacia el recibimiento.)* Le he dicho que tengo que entrar.

HEDDA.—*(Desde el otro extremo del salón).* Llega usted un poco tarde á buscar á Thea.

ALBERTO.—Perdone usted, Hedda; pero...

HEDDA.—¿Quien le ha dicho á usted que se hallaba aquí todavía?

ALBERTO.—Acaban de decirme que no había regresado á su casa.

HEDDA.—*(Acercándose á la mesa del centro).* ¿Y se ha atrevido usted á ir á preguntar por ella?

ALBERTO,—¿Qué quiere usted decir?

HEDDA.—¿No ha temido lo que pudieran pensar?

ALBERTO.—Sí; tiene usted razón, soy un loco, no hago más que comprometerla. *(Pausa).* ¿Tesman no se habrá levantado todavía, no es cierto?

HEDDA.—No creo...

ALBERTO.—¿Regresó muy tarde?

HEDDA.—Si, muy tarde.

ALBERTO.—¿Y le ha contado?...

HEDDA.—Sí, ya sé que hubo gran algazara en casa de Brack.

ALBERTO.—¿No le dijo á usted más?

HEDDA.—No recuerdo; tenía un sueño atroz. *(Thea entreabre las cortinas del fondo y entra)*

THEA.—Oh, Alberto, finalmente!..

ALBERTO.—Sí, finalmente y por desgracia demasiado tarde.

THEA.—*(Con ansiedad)*. ¿Cómo, por desgracia?

ALBERTO.—Sí, no hay salvación para mi.

THEA.—Por Dios, no digas eso.

ALBERTO.—Tú misma te convencerás de ello cuando sepas...

HEDDA.—*(Iuterrumpiendo)*. ¿Si desean ustedes hablar á solas...?

ALBERTO.—No, le ruego á usted que permanezca.

THEA.—No, sino quiero que me dés ninguna explicación.

ALBERTO.—Desgraciadamente no se trata de lo ocurrido esta noche.

THEA.—¿De qué, pues?

ALBERTO.—No podemos seguir juntos el mismo camino, Thea.

HEDDA.—*(Involuntariamente)*. Era de esperar.

THEA.—*(A Loevborg)*. ¿Qué puede oponerse á que sigamos como hasta el presente? ¿No puedo acaso seguir ayudándote en tus trabajos?

ALBERTO.—De hoy en adelante ya no podré trabajar.

THEA.—¡Dios mío!

ALBERTO.—Debes olvidar por completo que nos hemos conocido.

THEA.—¡Oh, es imposible!

ALBERTO.—Es necesario; debes regresar cuanto antes á tu casa.

THEA —*(Con resolución)*. ¡Eso nunca! No quiero abandonarte; quiero estar á tu lado siempre, gozar de tu triunfo cuando aparezca tu nuevo libro.

HEDDA.—*(En voz baja)*. ¡Su nuevo libro!

ALBERTO.—¡Mi nuevo libro! ¡Nuestro libro! ¡Tuyo y mío, Thea! Porque es obra de los dos...

THEA.—Sí, es verdad, por ello debo permanecer á tu lado y compartír contigo el triunfo.

ALBERTO.—Nuestro libro, Thea, jamás se publicará!..

HEDDA.—¡Ah!

THEA.—¿Jamás, dices?

ALBERTO.—Es imposible que podamos publicarlo.

THEA.—*(Presintiendo lo ocurrido)*. Alberto, qué has hecho del manuscrito?

HEDDA.—*(Mirándole febrilmente)*. Eso es, ¿y el manuscrito?

ALBERTO.—No quieras saberlo, Thea.

THEA.—Sí, quiero, tengo el derecho de saberlo.

ALBERTO.—¡El manuscrito! Pues bien, lo he rasgado en mil pedazos.

THEA.—*(Con un grito de desesperacion)*. ¡Oh, no, no!

HEDDA.—*(Involuntariamente)*. No es verdad.

ALBERTO.—*(Mirándola)*. ¿Usted cree que no es cierto?

HEDDA.— *Dominándose y con calma)*. Será verdad porque usted lo dice, pero me ha parecido una locura.

ALBERTO. —Y sin embargo es la verdad.

THEA.—*(Llorando y juntando las manos)*. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Hedda! destruir su obra!

ALBERTO.—Y con ella he destruído mi vida. *(Con exaltación)*. Si, lo he rasgado en mil pedazos y los he arrojado al fjord *(fiord)*, lejos, muy lejos, que el agua del mar los lleve á la ventura y los sepulte en el abismo...

THEA —¡Alberto, Alberto! ¿Sabes lo que has hecho? Me parece que has destruido al hijo de nuestras almas.

ALBERTO.—*(Con abatimiento.)* Sí, tienes razón, he aníquilado á mi propio hijo.

THEA.—Y este hijo era también mio.

HEDDA.—*(Atónita,)* ¡Su hijo!

THEA — ¡Todo ha terminado! Es imposible que permanezca más tiempo aquí.

HEDDA.—Pero, piensas reunirte con tu marido?

THEA.—Ignoro lo que será de mí. No veo más que tinieblas á mi alrededor. *(Con resolución.)* ¡Adiós, adios! *(Hedda hace un movimiento como para detenerla.)* No. Dejadme... adios, adios. *(Sale.)*

HEDDA.—*(Después de una pausa.)* ¿Y usted la deja marchar asi? ¿No la acompaña?

ALBERTO.—¿Para qué? ¿Para comprometerla

de nuevo? ¿Para que sepa todo el mundo nuestras relaciones?

HEDDA.—*(Después de una pausa.)* ¡Dios mio! Yo no sé á punto fijo lo que ocurrió anoche; pero ¿usted cree que el mal es irreparable?

ALBERTO.—¡Oh, no se trata solamente de la pasada noche! Siento que no puedo sobrellevar más esta vida; que es imposible empezar de nuevo. Esa mujer ha destruído todo mi valor y toda mi audacia.

HEDDA.—*(Abstraída.)* ¡Y pensar que esa muñeca ha tenido en sus manos el destino de un hombre! *(Mirando á Loevborg.)* ¿Y usted no ha tenido fuerzas para sustraerse á su influencia?

ALBERTO.—A usted, Hedda, puedo decirle la verdad.

HEDDA.—¿La verdad?

ALBERTO.—Pero, prométame antes que nunca sabrá Thea lo que voy á confiarle.

HEDDA.—Se lo prometo.

ALBERTO.—Pues bien, cuanto he dicho á Thea ha sído invención mía.

HEDDA.—¿Se refiere usted á su libro?

ALBERTO.—Si; no es cierto que haya rasgado el manuscrito, ni que lo haya arrojado al *fjord*.

HEDDA.—En tal caso lo tiene usted.

ALBERTO.—No. No lo he rasgado, pero he destruído mi obra, Hedda!

HEDDA.—No le comprendo á usted.

ALBERTO.—Thea acaba de decir que mi acción le ha parecido un parricidio.

HEDDA.—Sí. Ha dicho...

ALBERTO.—Pues bien. No es el peor crimen de un padre dar la muerte al propio hijo.

HEDDA.—¿Qué dice usted?

ALBERTO.—Es un crimen mayor el que yo he cometido. Suponga usted, Hedda, que después de una noche de locuras y excesos llega un hombre á su casa y le dice á la madre de su hijo: «mira, he pasado la noche en los más abyectos lugares y he llevado siempre conmigo á nuestro hijo, pero ha desaparecido de mi lado: lo he perdido y no sé entre que gentes se encuentra ni en que manos pueda hallarse.-

HEDDA.—Pero, no se trata de un hijo, sino simplemente de un libro.

ALBERTO.—Pero un libro en que había reflejado entera el alma pura de Thea.

HEDDA.—Si; comprendo.

ALBERTO.—Y al destruirlo he destruído su porvenir y el mío.

HEDDA.—¿Qué piensa usted, pues, hacer?

ALBERTO.—No hay más que una solución. ¡El fin de todo! ¡Y cuanto antes mejor!

HEDDA.—(*Dando un paso hacia él con mucha frialdad,*) ¡Alberto Loevborg! ¿Sabrá usted acabar bellamente?

ALBERTO.—¿Bellamente? (*Sonriendo.*) ¿Coronado de pámpanos como imaginaba usted un día?

HEDDA.—No. Ya no gusto de esas coronas. Be-

llamente he dicho. ¡Acabar bellamente!... ¿Entiende usted?... ¡Y ahora, adios!... ¡Adios, Alberto Loevborg!

ALBERTO.—¡Adios, señora! (*Hace acción de salir.*)

HEDDA.—Aguarde usted. Quiero que se lleve usted un recuerdo mío. (*Se dirige al escritorio y sacando del cajón donde se halla el manuscrito una caja de pistolas coge una y se dirige hacia Loevborg.*)

ALBERTO.—(*Mirándola.*) ¿Es este el recuerdo?

HEDDA.—(*Inclinando ligeramente la cabeza en señal de asentimiento.*) ¿La reconoce usted? Un día le amenacé á usted con ella...

ALBERTO.—¿Porqué no cumplió usted entonces su amenaza?

HEDDA.—Puede usted servirse de ella, hoy...

ALBERTO—(*Metiéndose la pistola en el bolsillo.*) ¡Gracias!...

HEDDA.—Bellamente ¿eh? ¿Me lo promete usted?...

ALBEBTO.—Adios, Hedda Gabler. (*Sale por la puerta del recibimiento. Hedda escucha un instante como Alberto se aleja. Se dirige luego hacia el escritorio y saca el manuscrito. Contempla las cubiertas y lo hojea un momento. En seguida se dirige hacia la chimenea y se sienta en el taburete delante del fuego teniendo el libro encima las rodillas. Después rompe las cubiertas y empieza á rasgarlo con fruición, arrojando las páginas al fuego y recreándose en su horrible obra de destrucción.*)

HEDDA.—*(Al arrojar el primer pliego al fuego en voz baja.)* ¡El hijo de la hermosa Thea y de Alberto Loevborg!... (*Riendo.*) ¡Su hijo!

TELÓN



ACTO CUARTO

Es de noche. La misma decoración de los actos anteriores. El salón está á oscuras y la habitación del fondo está alumbrada por una lámpara suspendida sobre una mesa. Las cortinas de la puerta vidriera están corridas.

ESCENA PRIMERA

HEDDA y JULIA

(Hedda, vestida de negro, discurre por el salon. Despues entra en la habitación del fondo y desaparece por la izquierda. Se oyen algunos acordes de piano. Después veelve á aparecer Hedda y penetra nuevamente en el salon.)

(Berta entra por la derecha, atraviesa la habitación del fondo y penetra en el salón llevando una lámpara encendida que dejará sobre la mesa situada frente al sofá de la esquina, Sus ojos denotan haber llorado, y lleva una cinta ancha en el brazo como señal de luto. Un instante después entra Julia, por la puerta del recibimiento.

Viste de luto; lleva sombrero y velo. Hedda va á su encuentro y le tiende la mano.)

JULIA.—El luto que visto es la señal de que mi pobre hermana se ha librado de sus horribles sufrimientos.

HEDDA.—Conocía la desgracia. Tesman me había enterado por escrito.

JULIA.—Pero yo he creído que hacía un bien viniendo á anunciar su muerte en esta casa en que reina la vida.

HEDDA.—Es usted muy amable.

JULIA —Rina no debía habernos abandonado en este momento en que la casa de Hedda no debiera estar de duelo.

HEDDA —*(Procurando cambiar de tema).* ¿Ha muerto sin sufrir, no es cierto?

JULIA.—Una muerte muy dulce. Ha podido despedirse de Jorge y abrazarle con efusión. ¿Aún no ha regresado?

HEDDA.—No. Siéntese si quiere esperarle.

JULIA.—Le esperaría con gusto, pero no puedo. Debo ir á vestir á la muerta para que vaya á la tumba con las mejores galas.

HEDDA.—¿Puedo yo ayudarla en algo?

JULIA.—De ningún modo. Es imposible que Hedda Tesman pueda ocuparse de cosa semejante, ni que su pensamiento se fije en ello en este momento.

HEDDA.—El pensamiento no es posible aprisionarlo.

JULIA.—¡Que contrastes en la vida! En mi casa hay que preparar ropa mortuoria y aquí, dentro de poco, también tendrá que prepa-

rarse ropa, pero bien distinta, á Dios gracias, de aquella.

(Tesman entra por la puerta del vestíbulo).

HEDDA.—Al fin has vuelto.

TESMAN.—Calle ¿tía Julia con Hedda?

JULIA.—Os dejo. Oye ¿has arreglado lo que me prometiste?

TESMAN.—Creo que habré olvidado muchas cosas. Mañana lo repasaré, porque hoy tengo la cabeza tan descompuesta que no puedo pensar serenamente.

JULIA.—No hay que tomar las cosas tan á pecho, querido Jorge.

TESMAN.—¿Pues, qué debo hacer?

JULIA.—Pensar en que la muerte de Rina ha acabado con sus sufrimientos.

TESMAN.—¡Pobre Rina!

HEDDA.—¿Que sola quedará usted; señorita Tesman?

JULIA.—Los primeros días; porque espero que no ha de continuar mucho tiempo vacía la habitación de Rina.

TESMAN.—¿De veras? ¿Y quien la ocupará?

JULIA.—¡Quien ha de ser! Es muy fácil dar con un pobre enfermo que necesite cuidados y afectos.

HEDDA.—¿Y usted tendrá valor para cargar nuevamente con semejante cruz?

JULIA.—¡Una cruz! No, hija mía; no ha habido tal cruz para mí.

HEDDA.—Pero cuidar á un extraño...

JULIA.—Pronto se hacen amistades con los enfermos. Yo necesito vivir para alguien; A

Dios gracias, quizá haya ocupación en esta casa para la tía.

HEDDA.—Oh, no, no se preocupe de nosotros.

TESMAN.—Sí; que bien estaríamos los tres juntos... sí...

HEDDA.—Sí...

TESMAN —*(Con inquietud)*. No; nada. Es de esperar que todo se arreglará.

JULIA —Sí, sí. Veo que tenéis que hablar *(Sonriendo)*. Quizá Hedda te haga alguna confidencia. Hasta luego. Voy á preparar lo de Rina.

TESMAN.—Adios, tía Julia.

(Sale Julia por la puerta del vestíbulo).

ESCENA II

HEDDA y TESMAN

HEDDA —*(Sigue con mirada escrutadora á Tesman.)* Voy creyendo que te ha impresionado más á tí esa muerte que á tía Julia.

TESMAN.—Es que no solamente me inquieta la muerte de tía Rina, sino lo de Alberto.

HEDDA.—¿Qué ha pasado.?

TESMAN.—He ido á su casa este mediodía para decirle que su manuscrito estaba en buenas manos.

HEDDA.—¿Y qué? ¿No has dado con él?

TESMAN.—No estaba en su casa; pero después Thea me ha dicho que Alberto había estado aquí.

HEDDA.—Sí; poco después de tu salida.

TESMAN.—¿Y habrá insistido en que había rasgado el manuscrito?

HEDDA.—Justo.

TESMAN.—Dios mío, como estaría el pobre Alberto! ¿Y tu no te habrás atrevido á devolvérselo?

HEDDA.—Claro.

TESMAN.—Pero le habrás dicho que estaba en poder nuestro.

HEDDA.—No. *(Con viveza.)* ¿Supongo que tú no habrás hablado del manuscrito con Thea?

TESMAN.—No; pero tú debías haber advertido á Alberto, para evitar que en un momento de desesperación hiciese algo que le perjudicase. Dame el manuscrito, que quiero entregárselo al instante. ¿Donde lo has metido?

HEDDA.—No lo tengo.

TESMAN.—¿Que no lo tienes? ¿Y qué has hecho de él?

HEDDA.—Lo he quemado.

TESMAN.—¡Quemado! ¡Qué locura!

HEDDA.—No grites. Sólo faltaría que te oyese la criada.

TESMAN.—¡Dios mío! ¡No puede ser, no, no es posible!

HEDDA.—Y sin embargo, es la verdad.

TESMAN.—Acabas de cometer una mala acción, de la que quizá no te has dado cuenta. Es inaudito. ¿Cómo ha podido ocurrírsete semejante idea? Contesta.

HEDDA.—*(Sonriendo ligeramente)*. Lo he hecho por tí.

TESMAN.—¡Por mí!

HEDDA.—Cuando me contaste que después de la lectura del libro habías sentido envidia..,

TESMAN.—¿Qué? era para expresar mi admiración.

HEDDA.—Pues bien, esa idea me torturó.

TESMAN.—*(Con gozo mezclado de duda)*. ¡Oh, Hedda! ¿Es cierto lo que has dicho? Pero nunca me habías expresado tu amor en esta forma!

HEDDA.—Además, he de ponerte al corriente de una cosa. *(Interrumpiéndose y después con violencia)*. Pero más vale que te entere de ello tía Julia.

TESMAN.—¡Oh, Hedda! ¿Será posible? *(Juntando las manos)*.

HEDDA.—No chilles de ese modo. ¿Quieres que se entere todo el mundo?

TESMAN.—Si nadie nos oye.

HEDDA.—¿Quieres que se entere hasta la muchacha?

TESMAN.—Pero si la muchacha es Berta; si es como de la familia. Yo mismo se lo diré.

HEDDA.—*(Cogiéndose las manos con desesperacion)*. ¡Oh, es horrible! ¡Todo es ridículo en esta casa!

TESMAN.—¿Ridículo?

HEDDA.—¡Sí; ridículo, ridículo!

TESMAN.—Perdona, Hedda; soy tan dichoso...

Sí: tienes razón, vale más que nada sepa Berta.

HEDDA —*(Ironicamente)*. Sí; puedes decírselo enseguida.

TESMAN.—No, no, todavía. nó. A tía Julia, sí, habrá que decírselo enseguida. Y que contenta se pondrá la pobre!

HEDDA.—¿Cuando sepa que por tí he quemado el manuscrito de Alberto?

TESMAN.—Ah, no. Ya lo había olvidado. Nadie debe saberlo; pero quiero que sepa cuanto te interesas por mí. *(Con inquietud, después de una pausa)*. Pero ese manuscrito... ¡Es horrible! ¡Pobre Alberto! ¡Pobre desgraciado!

ESCENA III

HEDDA, TESMAN y THEA

(Thea aparece presa de gran agitación).

THEA.—Oh, Querida Hedda! perdona si vuelvo á molestarte...

HEDDA.—Qué te pasa?.. parece que estás muy agitada...

TESMAN.—Que le pasa á usted, señora Elvsted.

HEDDA.—¿Se trata acaso de Alberto Loevborg?

THEA.—Sí, temo que le haya ocurrido una desgracia.

HEDDA.—*(Cogiéndola por el brazo)*. ¿Y porque lo crees?

THEA.—En cuanto he llegado á la casa de huéspedes estaban hablando de él. ¡Y decían tantas cosas!

TESMAN.—No tema usted nada. Yo le dejé que se iba á dormir.

HEDDA.—¿Y qué decían de Alberto?

THEA.—No lo sé á punto fijo. No he podido entenderlo bien y no me he atrevido á preguntar...

TESMAN.—*(Inquieto, paseando)*. No creo que haya nada que temer. No le habrá pasado nada.

THEA.—Oh, estoy segura que hablaban de él y me ha parecido oir las palabras «Hospital» y...

TESMAN.—¿Hospital?

HEDDA.—Habrás entendido mal, no es posible.

THEA.—No, no he oído mal... He sentido una angustia mortal y una inquietud tan grande que me he dirigido á casa de Alberto á informarme...

HEDDA.—¿Eso has hecho?

THEA.—Si. No podía soportar la ansiedad que sentía.

TESMAN.—¿Y no le ha encontrado usted en su casa, verdad?

THEA.—No. Me han dicho que no había parecido por allí desde la víspera.

TESMAN.—¿Desde la víspera? ¿Pero, como puede ser?

THEA.—¡Oh! Estoy segura que le ha ocurrido una desgracia.

TESMAN.—¿Te parece. Hedda, que yo vaya á ver si averiguo algo?

HEDDA.—No, no. No quiero que te mezcles en nada de todo esto.

ESCENA IV

Los mismos y BRACK

(Brack con el sombrero en la mano entra por la puerta del corredor que Berta abre y cierra luego. Su aspecto es grave y sentencioso).

TESMAN.—¡Ah! ¿Es usted, querido asesor?

BRACK.—Tengo que hablar con ustedes un momento y...

TESMAN.—En tal caso, ¿ha recibido usted ya el billete de tía Julia, eh?

BRACK.—Si, efectivamente.

TESMAN.—¡Es triste! ¿verdad?

BRACK.—Si... según el punto de vista...

TESMAN.—(*Mirándole*). Se trata de alguna otra cosa?

BRACK.—Sí.

HEDDA.—*(Febrilmente)* ¿Algo triste también, señor asesor?

BRACK.—Depende también del punto de vista.

THEA.—*(Involuntariamente)*. ¡Oh! ¿Se trata de Alberto Loevborg?

BRACK.—(*Mirándola fijamente*). ¿Porque lo pregunta usted? ¿Sabe usted algo?...

THEA.—*(Turbada)*. No, no sé...

TESMAN.—Pero, hable usted, en nombre del cielo, Brack.

BRACK.—Se trata de una desgracia. Alberto Loevborg ha sido transportado moribundo al hospital.

THEA.—(*Dando un grito*). ¡Dios mío!...

HEDDA.—(*Aparte*) ¿Ya?

THEA —¡Dios mio! ¡Dios mio!

HEDDA.—¡Por Dios, Thea!... ¡Tranquilízate!..

THEA.—¡Oh! Quiero verle' Quiero verle al menos antes de morir!...

BRACK. Es inútil que usted lo intente siquiera... No le permitirán á usted entrar... ni á usted ni á nadie...

THEA —(*Llorando*). ¿Pero, qué ha pasado? Diga usted, por amor de Dios.

TESMAN.—¿No se tratará de un suicidio, eh?

HEDDA.—Sí. Estoy segura que...

TESMAN.—¿Cómo? ¿Cómo puede usted suponer?...

BRACK.—(*Que no ha dejado de mirarla fijamente*). Desgraciadamente, ha acertado usted, señora Hedda.

THEA.—(*Llorando*). ¡Es horrible!.. ¡es horrible!

TESMAN.—¿Pero él mismo ha atentado contra su vida?...

HEDDA.—¡Se ha pegado un tiro, eh?

BRACK.—Ha acertado usted también... Un tiro de pistola.

THEA.—(*Procurando aparecer tranquila*). ¿A qué hora ha sido, señor asesor?

BRACK.—Esta misma tarde; entre tres y cuatro.

TESMAN.—Dios mío... ¿y donde?...

BRACK.—Probablemente en su casa...

THEA.—No. Yo he estado en su casa á las seis.

BRACK.—En tal caso en alguna otra parte. No me han dado ninguna clase de detalles. Sé, no más que le han encontrado con un balazo en el pecho...

THEA.—Que horror, Dios mío...

HEDDA.—*(A Brack)* ¿En el pecho, dice usted?

BRACK.—Sí.

HEDDA.—*(Señalando la sien.)* ¿No en la cabeza?

BRACK.—No... Me han dicho en el pecho.

HEDDA.—(*Pensando*). En el pecho!.. Es igual...

BRACK.—¿Dice usted? ..

HEDDA —*(Friamente)*. Oh, nada...

TESMAN.—¿Y usted dice que la herida es peligrosa?

BRACK.—Era mortal de necesidad. Es seguro que á estas horas todo ha terminado.

THEA.—¡Oh! Yo tenia el presentimiento... ¡Muerto! ¡Muerto! ¡Oh, Hedda!

TESMAN.—¿Y usted por quien lo ha sabido?

BRACK —*(Con sequedad.)* Por un agente del comisario...

HEDDA.—*(Con voz firme y clara.)* Ha obrado como un hombre...

TESMAN.—¿Pero, qué dices, Hedda?

HEDDA.—Digo que ha obrado con cierta belleza.

BRACK.—¡Señora Tesman!

THEA.—¡Hedda! Cómo puedes...

Hedda.—Alberto Loevborg se ha hecho justicia á sí mismo. Ha tenido el valor de hacer lo que debía.

Thea.—No ha podido hacerlo más que en un momento de locura.

Tesman.—O en un momento de desesperación.

Hedda.—No, no. Estoy segura que no.

Thea.—En un momento de locura, como aquel en que rasgó nuestro libro...

Brack.—¿Quiere usted decir su manuscrito? ¿Lo rasgó?

Thea.—Sí... anoche.

Tesman.—*(A Hedda, aparte.)* No podremos soportar nunca...

Brack.—Es raro...

Tesman.—*(Atravesando la escena.)* ¡Es horrible! Pensar que Alberto debía morir de este modo... Que ha desaparecido del mundo, sin dejar nada que pueda inmortalizar su nombre!

Thea.—*(Llorosa.)* ¡Oh! Sí se pudiese al menos reconstituir su obra!

Tesman.—¡Cuanto daría yo para lograrlo!

Thea.—*(Llorosa.)* Quizás usted pudiera, señor Tesman...

Tesman.—¿Qué dice usted?...

Thea.—*(Buscando en un diminuto saco de mano que lleva.)* Yo he conservado las notas y los apuntes de que se servía cuando me dictaba...

Hedda.—*(Dando un paso hacia ella.)* ¡Ah!...

Tesman.—¿Los tiene usted, señora Elvsted?

THEA.—Sí. Aqui los tengo...

TESMAN.—¡Oh! Permítame V... ¡Si fuese posible!...

THEA.—*(Dándole un paquete de papeles.)* Son notas no más... Estará muy confuso...

TESMAN.—Quizás si usted quisiera ayudarme...

THEA.—Oh sí...

TESMAN.—Es necesario reconstituir la obra... ¡Y lo lograremos! Aunque haya de consagrar toda mi vida á ello.

HEDDA.—¿Tú, Jorge?... ¿Consagrar á ello tu vida dices?

TESMAN.—Por lo menos todas mis horas de trabajo... Tú lo sabes, querida Hedda... Es un deber mio por la memoria de Alberto...

HEDDA.—Sí, quizás sí...

TESMAN.—*(Viendo á Thea que llora silenciosamente.)* ¡Señora Elvsted, por Dios! Yo le ruego que se tranquilice... Desgraciadamente nada podemos remediar... Procure usted calmarse, hágalo por la memoria de Alberto... Una usted sus esfuerzos á los mios para reconstituir su obra. Piense que es cuanto podemos hacer por él...

THEA.—Sí, sí, señor Tesman.. tiene usted razón...

TESMAN.—Y empecemos nuestro trabajo hoy mismo. Ahora, en seguida ..

THEA.—*(Llorando.)* ¡Oh! no podré...

TESMAN.—Procúrelo usted, señora Thea... Es el mayor homenaje que podemos dedicar á su memoria... Venga usted, venga usted...

Y examinemos enseguida estos papeles... Allí... en la salita... venga usted...

THEA.—*(Enjugándose los ojos.)* ¡Dios mio!... ¡Si al menos pudiésemos lograrlo!... *(Tesman y Thea pasan á la salita del fondo. Thea se quita el sombrero y el abrigo. Se sientan los dos á la mesa y empiezan á examinar los apuntes. Hedda se acerca á la chimenea y se sienta en un sillón. Un instante después se sienta Brack cerca de ella.)*

HEDDA.—*(En voz baja.)* El último acto de Alberto es una liberación.

BRACK.—¡Una liberación! Sí, para él lo ha sido.

HEDDA.—Y para mí. Se respira con mayor libertad cuando se ve que hay algo independiente y valeroso en el mundo, algo iluminado por un rayo de belleza absoluta.

BRACK.—*(Sonriendo.)* Querida señora Hedda...

HEDDA.—Comprendo su intención...

BRACK.—*(Mirándola fijamente.)* Alberto ha sido para usted algo que usted no confiesa. ¿Me equivoco?

HEDDA.—No contestaré á usted sobre este punto. Lo único que afirmo es que Alberto ha tenido valor para amoldar su vida á sus ideas, haciendo algo grande en que se ha reflejado la belleza. Ha tenido fuerza de voluntad para dejar pronto el festín de la vida.

BRACK.—Lo siento, señora, pero me veo precisado á destruir esa ilusión que acaricia.

HEDDA.—¿Una ilusión?

BRACK.—Sí. Debe usted saber que el suicidio de Alberto no ha sido voluntario.

HEDDA.—¿Qué no ha sido voluntario?

BRACK.—No. He dado cuenta de la cosa con alguna inexactitud.

HEDDA.—¿Se calló usted algo?

BRACK.—Hice alguna variación por respeto á la pobre señora Elvsted.

HEDDA.—¿Qué variación?

BRACK.—La catástrofe no ocurrió en su domicilio.

HEDDA.—Eso no tiene importancia.

BRACK.—Pues la tiene y grande. Es necesario que usted lo sepa. Alberto murió en el *boudoir* de la señorita Diana.

HEDDA.—(*Hace un esfuerzo para levantarse, pero vuelve á caer en su butaca.*) Es imposible; no ha podido volver á esa casa.

BRACK.—Pues ha vuelto á mediodía para reclamar algo que le habían arrebatado. Hablaba incoherentemente de que había perdido un hijo.

HEDDA.—Ah!

BRACK.—Supuse que se refería á su manuscrito; pero después supe que él mismo lo había destruido.

HEDDA.—Sí. ¿Y como le hallaron?

BRACK.—Con una pistola descargada. El golpe fué mortal.

HEDDA.—¡Un pistoletazo en el pecho!

BRACK.—No, en el bajo vientre.

HEDDA.—(*Levanta los ojos y le mira con expresión de repugnancia.*) ¡El colmo! Lo bajo y

lo ridículo envuelven como una maldición cuanto tocan mis manos.

BRACK.—Y aún hay más; algo que puede resultar infame.

HEDDA.—¿Qué?

BRACK.—La pistola que se le halló...

HEDDA.—¿Y bien?

BRACK.—Es casi seguro que la había robado.

HEDDA.—*(Levantándose con resolución).* Imposible, Alberto no ha podido hacer tal cosa.

BRACK.—Pues no hay otra explicación: es necesario que la haya robado. Chit. *(Tesman y Thea se levantan y entran en el salón).*

TESMAN.—*(Con las manos llenas de papeles).* Es imposible leer á la luz de aquella lámpara. ¿Nos permites, Hedda, que trabajemos en tu mesa?

HEDDA.—Sí; me es igual. *(Con viveza).* Esperen ustedes, que quite los objetos que puedan estorbarles.

TESMAN.—No es necesario, Hedda.

HEDDA.—*(Retira un objeto cubierto de hojas de papel que lleva á la habitación del fondo Tesman coloca sus papeles sobre la mesa y coloca en ella la lámpara que estará en una mesita de uno de los rincones. Él y Thea se sientan y continuan su trabajo. Hedda entra nuevamente en el salon. Se coloca detrás de Thea y le acaricia dulcemente los cabellos.)* Querida Thea, ¿lograréis reconstruir el manuscrito de Alberto?

THEA.—*Levantando los ojos y con mirada que revela descorazonamiento).* Es un trabajo penosísimo.

TESMAN.—Pues hay que llevarlo á cabo, cueste lo que cueste. En definitiva, entra de lleno en mis atribuciones el poner en órden los papeles ajenos. *(Hedda se acerca á la chimenea y se sienta en un taburete. Brack se coloca cerca de Hedda, inclinando el cuerpo hacia ella).*

HEDDA.—*(Bajo, cuchicheando).* Decía usted que la pistola...

BRACK.—*(Bajo).* Debe haberla robado.

BRACK.—¿Y porqué tiene usted empeño en que la haya robado?

BRACK.-Por no encontrar otra explicación, señora.

HEDDA.—¡Ah, sí!

BRACK.—Claro. Alberto ha entrado aquí esta mañana ¿no es cierto?

HEDDA.—Sí. Un momento.

BRACK.—¿Y no le ha dejado usted solo en el salón?

HEDDA.—No.

BRACK.—Recuerdelo usted bien. ¿No salió usted ni un instante?

HEDDA.—Quizá fuí al comedor.

BRACK.—¿Donde estaba la caja de pistolas entonces?

HEDDA.—Estaba sobre aquella mesa. *(Señalando).*

BRACK.—¿No se fijó usted en si estaban las dos pistolas después de salir Alberto?

HEDDA—No.

BRACK.—Pues no le quepa duda, la pistola que empuñaba Alberto era la de usted.

HEDDA.—¿La tiene usted?

BRACK.—No; la recogió la policía.

HEDDA.—¿Y que hará la policía de ella?

BRACK.—Quiere buscar á su dueño.

HEDDA.—¿Y cree usted que dará con él?

BRACK.—*(Acercándose á Hedda y en voz baja)*. No, Hedda, mientras yo me calle.

HEDDA.—¿Y usted se callará?

BRACK.—*(Levantando las espaldas)*. Depende de usted que sigan creyendo que la robó.

HEDDA.—*(Còn resolución)*. ¡Antes morir!

BRACK.—*(Sonriendo)*. ¡Eso se dice; pero no se hace!

HEDDA.—¿Y si resulta que la pistola no ha sido robada y se da con su propietario, qué sucederá?

BRACK.—Un gran escándalo, Hedda.

HEDDA.—¿Un escándalo?

BRACK.—Sí, uno de esos escándalos á los que usted tanto teme. Tendrá usted que presentarse á declarar ante el juez, como se presentará la señorita Diana, para responder á una serie de preguntas relacionadas con el trágico fin de Alberto.

HEDDA.—¿Y que tengo yo que ver en ello?

BRACK.—No tendrá usted que ver; pero tendrá usted que explicar porqué entregó la pistola á Alberto. ¡Y ya puede usted calcular las consecuencias que se desprenderán de este hecho cuando esté probado!

HEDDA.—*(Bajando la cabeza.)* Es cierto. Nunca pude imaginar...

BRACK.—Pero, por fortuna, no hay que temer nada mientras yo calle.

HEDDA.—*(Mirándole fijamente.)* Al fin he caido en sus manos.

BRACK.—*(En voz baja.)* Crea usted que no abusaré de mi situación, querida Hedda.

HEDDA.—No importa; pero estoy sujeta á sus caprichos; soy su esclava. ¡Yo esclava! *(Levantándose violentamente.)* ¡No, no es posible, no puedo tolerar semejante situación!

BRACK.—*(Con mirada irónica.)* ¡Por Dios Hedda! Hay que aceptar lo que es inevitable.

HEDDA.—*(También con mirada irónica.)* Puede. *(Se acerca á la mesa en que trabajan Tesman y Thea. Hedda fingiendo una sonrisa á Tesman.)* ¿Dí, Jorge, como va eso?

TESMAN.—Así, así. Hay trabajo lo menos para dos meses.

HEDDA.—¡Caramba! *(Pasando ligeramente las manos por los cabellos de Thea.)* ¿No te parece raro, Thea, verte al lado de mi marido de la misma manera que estabas con Alberto?

THEA.—¡Dios mio! ¡Ojalá pudiese inspirar de igual modo á tu marido!

HEDDA.—Eso vendrá con el tiempo.

TESMAN.—Tienes razón. Mira, ve á sentarte nuevamente al lado del asesor.

HEDDA.—¿De modo que no puedo ayudaros en nada?

Tesman.—No. *(Volviendo la cabeza.)* Es necesario, querido asesor, que tenga usted la amabilidad de entretener á Hedda.

Brack.—*(Mirando á Hedda.)* Con mucho gusto.

Hedda.—Muchas gracias. Me siento algo fatigada y quiero ir á descansar un poco en el sofá.

Tesman.—Dices bien, amiga mía.

Hedda se dirige á la habitación del fondo y corre las cortinas después de pasar. Momento de silencio. Despues se oye un aire endiablado de danza ejecutado en el piano.)

Thea.—*(Se levanta violentamente y asustada.)* ¿Qué ocurre?

Tesman.—*(Precipitándose hacia la habitación del fondo.)* Hedda, querida mía, no toques el piano esta noche. ¡Piensa en tía Rina .. en Alberto!

Hedda.—*(Asomando la cabeza entre las cortinas.)* En todos pensaré; no te inquietes. Desde ahora estaré tranquila. *(Cierra las cortinas.)*

Tesman.—No es posible que pueda gustarle vernos ocupados en tan triste tarea. Lo mejor sería, señora, que fuese usted á vivir con tía Julia y allí podríamos trabajar tranquilamente todas las noches.

Thea.—Ha tenido usted una idea feliz.

Hedda.—*(Desde la habitación del fondo.)* Muy feliz. Pero ¿como pasaré yo las veladas, querido Tesman?

Tesman —El asesor Brack será complaciente y te acompañará.

BRACK.—Todas las noches, si la señora Tesman encuentra gusto en ello. ¡Ya buscaremos la manera de divertirnos!

HEDDA.—*(Con voz clara.)* ¿Eso es lo que usted desea, verdad? Unico gallo en el gallinero. *(Se oye el ruido de una detonación. Tesman y Thea se agitan en sus sillas.)*

TESMAN.—Ya juega nuevamente con sus pistolas! *(Se dirige hacia la habitación del fondo y levanta violentamente los cortinajes. Hedda se halla sin vida tendida en el sofá. Thea corre hacia ella, dando un grito. Berta aparece por la puerta del recibimiento.)*

TESMAN.—*(Llamando á Brack.)* ¡Muerta, muerta! Se ha disparado un tiro en la sien.

BRACK.—*(Levantándose sobresaltado.)* ¡Eso no se hace!

TELÓN

Esta obra fué estrenada por la compañía que dirige D. Ceferino Palencia, en el Principal de Barcelona el día 23 de Enero de 1903, tomando parte en la interpretación D.ª María Tubau, D.ª Josefina Roca, D.ª Dolores Estrada y D.ª Manuela Valls y los Sres. D. Carlos Miralles, D. Luis Reig y D. Luis Amato.


IMPRENTA
F. BADIA